

TRUMPISMO O DE LA HISTORIA COMO VENGANZA. UN ANÁLISIS SOCIOPOLÍTICO

José Luis Valdés-Ugalde*

La tendencia sádica es el deseo de hacer a otros sufrir o verlos sufrir. Este sufrimiento más frecuentemente es sufrimiento mental. Su objetivo es dañar, humillar, avergonzar a otros, o verlos en situaciones embarazosas y humillantes.

ERICH FROMM

El miedo a la libertad

*Tú detestas a todos los que hacen el mal
y destruirás a los mentirosos.*

SAN AGUSTÍN

La ciudad de Dios

Introducción¹

En este texto se argumenta que la presidencia de Donald Trump representa el retroceso democrático más grande que Estados Unidos haya vivido en su historia presidencial desde que este país es una democracia moderna y se constituyó en potencia mundial en la segunda posguerra. Su elección, además de representar una anomalía democrática que cimbró, y continúa haciéndolo, el *establishment* político y la sociedad estadounidenses, significó un cambio en las relaciones con el exterior, particularmente con el Kremlin y

* Investigador y exdirector del Centro de Investigaciones sobre América del Norte (CISAN) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); editor en jefe de la revista académica *Norteamérica*; <jlvaldes@unam.mx>.

¹ Durante la escritura de este texto y el desarrollo de la investigación, los hechos históricos y las características del proceso político se vieron permanentemente afectados por los cambios y el movimiento que tuvieron los actores políticos del caso, así como por la caótica dinámica del *trumpismo*. En la redacción final se han adaptado los tiempos gramaticales a esta circunstancia, pudiendo haber quedado pendientes algunas acotaciones de tiempo o forma de las cuales me hago responsable.

los aliados tradicionales. De esta extraña e histórica asociación con Moscú, una nueva alianza emergió y una suerte de relación especial (también esquizofrénica) entre Trump y Putin se fue tejiendo, todo lo cual tuvo a Trump contra las cuerdas por la investigación que el fiscal especial Robert Mueller emprendió y ya entregó con la finalidad de detallar su responsabilidad y la de su grupo cercano en la “trama rusa”, la cual no le dio respiro en los primeros años de su presidencia.² Asimismo, sostengo que en sus dos primeros años de gobierno su actuación fue irracional, errática y discriminatoria, por decir lo menos.³ Donald Trump ha encabezado una presidencia *iliberal* (Zakaria, 1997: 22-43). Se trata, además, de una administración sin temple de Estado y que ha dejado en el camino a más de treinta funcionarios cercanos (ocho despidos y veintitrés renunciaciones al tiempo de escribir estas líneas —más los que vengan antes de que el actual presidente termine su periodo—, que por una razón u otra han abandonado el barco trumpista (Berman, 2018). Así, queda muy en evidencia lo problemático que resulta trabajar con Trump.

La que sigue es la breve historia de un proceso político sumamente crítico y de un dramatismo que bien puede hacerlo terminar en tragedia. Es la historia de cómo el Estados Unidos de Trump le entregó su alma a la imposición y sacrificó, así sea temporalmente, su rica historia democrática y republicana. Se trata de la historia de un aislamiento no conocido antes desde la era de Woodrow Wilson, aunque se sabe que el de Wilson fue un repliegue comercial estratégico de pre y post primera guerra, el cual habría de modificarse después de la segunda guerra mundial. En la narración de esta historia se pasará revista a los temas considerados más trascendentes del desempeño que Trump ha tenido al frente del gobierno. El aislamiento de Trump operó paralelamente a haber pactado presumiblemente con Vladimir Putin,

² Para una explicación detallada de la trama rusa, véase “Trump Russia Affair: Key Questions Answered” (BBC, 2019). La investigación trajo como resultado la acusación de obstrucción del Congreso por parte de Trump, mas no la principal, el conocimiento y contubernio del presidente en la trama rusa. A la hora final del proceso de *impeachment*, esto fue determinante para que el Congreso no desafiora a Trump.

³ Diferentes instancias consideran que la suya es una incompetencia de Estado producto de la estulticia y la arrogancia de lo que el Federal Bureau of Investigation (FBI), según reporta recientemente, considera una personalidad tan narcisista como psicópata; cuestiona la salud mental de Trump y lo declara como un peligro para la seguridad de Estados Unidos, además de que apela a la aplicación de la enmienda 25 constitucional que empodera al gabinete, al vicepresidente y al Congreso para declarar al jefe del Ejecutivo como incapaz y sin facultades para gobernar y, en consecuencia, proceder a su destitución (Decker, 2017; Lee, 2016: 31).

con lo cual se dio inicio a una era de *trumputinismo* (Valdés-Ugalde, 2018). Y es con este último argumento que Estados Unidos ha desdibujado su histórico papel como “el hegemón equilibrador” del sistema internacional y también el de “hegemón benevolente”.⁴

El nuevo siglo estadounidense

El siglo XXI ha estado marcado por hechos extraordinarios, para muchos de los cuales la infraestructura de la gobernanza internacional no estaba totalmente preparada. Desde el 11 de septiembre de 2001 (9/11), cuando se atentó mortalmente contra objetivos civiles y militares en Estados Unidos, se puso en evidencia la fragilidad de las instituciones internacionales, como la ONU, que quedaron expuestas a la negligencia de un gobierno ineficaz y corrupto como el de George W. Bush, quien violentó a capricho los ordenamientos globales en su obsesión de venganza.⁵ El resultado: un sistema internacional lastimado como consecuencia del chovinismo de un actor que en ese momento se mostró como no racional (Halper y Halper, 2017: 322). El *Leviatán liberal* (Ikenberry, 2011: 322) se desvanecía temporalmente y se alejaba del orden civilizatorio que había contribuido a fundar desde 1945. El *establishment* estadounidense habría de remontar por ocho años este retraso y recuperar el Centro Racional de Decisiones en Política Exterior. Esta recuperación relativa de dicho centro se vería con Barack Obama, y de nuevo una profundización en su declive relativo con Donald Trump (León-Manríquez *et al.*, 2015).

Después de las históricas elección (2008) y reelección (2012) de Obama, aparece en la escena Donald Trump, último representante del esfuerzo por la recuperación de la “identidad estadounidense” (*American identity*), un momento para el cual un sector minoritario, pero importante de la población de Estados Unidos, había estado preparándose. De hecho, podría ser ésta la última oportunidad histórica en este siglo para la derecha intransigente dentro y fuera del Partido Republicano, de garantizar el golpe de

⁴ Hegemón blando o benevolente (*soft hegemon*) son los términos desarrollados por la escuela realista. Además, la idea de la necesidad de preservar al hegemón como el equilibrador del sistema internacional también está presente en el debate teórico (Brooks, 2012; Destradi, 2008; Borda, 2013: 64-77; Stokes, 2018: 133-150).

⁵ Bush siempre prometió vengar a su padre, por las amenazas de muerte de Sadam Hussein en su contra (Woodward, 2004).

mano a las instituciones del Estado, tal y como lo ha pretendido Trump desde el inicio de su presidencia, con el apoyo republicano mayoritario. Es por esto que la mayoría de los miembros de esta élite se han subido al tren trumpista sin pudor alguno y sin importarles abandonar los principios del conservadurismo democrático (Valdés-Ugalde, 2012; Velasco, 2016). Se trata sólo de saciar la sed del poder por el poder.

Si bien en la inesperada elección de Trump el factor económico estuvo presente, fue *la idea* que él vendió de sí mismo como el salvador de la dignidad perdida por Estados Unidos, adentro y afuera, la que lo ayudó notablemente a triunfar ante un público ávido de una sobredosis de patria. Su narrativa subsumió los factores económicos y dio a la política y a la cultura un peso definitorio para obtener la mayoría proporcional crítica, que lo salvó de perder en el Colegio Electoral.⁶ La reinención del chivo expiatorio en la forma del mexicano feo, del musulmán y del afroamericano indeseables le permitió colocar, con un efecto maniqueo espectacular, a la *blanquitud* cristiana como la esencia del Estados Unidos grandioso (*America great again*) frente al islamismo o el paganismo anticristiano.⁷ Para esto, el discurso populista plagado de una muy alta dosis de mentira, de intolerancia, de misoginia, de xenofobia, de racismo, de un narcisismo explosivo y perverso y de una visión de capitalismo vulgar fue muy funcional para convencer a ciertos votantes ideales, por desinformados y dispuestos a creer en la amplia gama de falsedades que ha sido capaz de articular Trump; y para producir, en consecuencia, un consenso relativo de parte de una minoría de estadounidenses que finalmente lo entronizaron y hasta la fecha, aunque precariamente, lo sostienen (Feldenkirchen *et al.*, 2018).⁸ Se trata de todo un fenómeno político cultural.

Estados Unidos es una nación que fue conformada gradualmente por inmigrantes. Ingleses, escoceses, mexicanos, daneses, polacos, italianos, irlandeses, chinos y alemanes que viajaron a su territorio para lograr un mejor nivel de vida o, simplemente, para huir de la tiranía y de las guerras.⁹ Son

⁶ Aunque perdió el voto popular por casi tres millones de votos. Para una descripción del funcionamiento del Colegio Electoral puede consultarse a Bromwich (2016).

⁷ Existen acusaciones en contra de Trump por afroamericanos y latinos que fueron discriminados por Trump Org cuando solicitaron rentar departamentos en sus edificaciones (Kranish y Fisher, 2016).

⁸ Sobre el origen cultural que tiene la emergencia de este populismo, véase Zakaria (2016).

⁹ En febrero de 1930, la propia madre de Trump, Mary Ann MacLeod, inmigró desde Escocia a Nueva York. Su estatus de viajera: "*domestic*", por trabajadora doméstica (Kranish y Fisher,

éstas algunas de las muchas nacionalidades que fundaron y han forjado ese país. En teoría, no tendría que haber lugar para la intolerancia; no obstante, Estados Unidos creció creyendo que era la mejor nación de la Tierra, y que la consumación del “sueño americano” era la confirmación y legitimación prístina de este hecho. La idea estadounidense de excepcionalidad ocasionó que sus habitantes —aun cuando conformaran un universo societal más bien heterogéneo— tendieran a conformar una mayoría uniforme, no diversificada. Una visión de sí mismos en tanto que *nación excepcional*. Junto al matiz proteccionista y aislacionista que Trump ha impuesto a su caótica política global se puede olfatear, en el actual clima político interno, un tufillo retrógrado que amenaza la arquitectura institucional que explícitamente este gobierno se ha propuesto destruir, aún sin éxito por fortuna. Esto es, en sí mismo, un retroceso en relación con los fundamentos liberales de la democracia estadounidense y que, desafortunadamente, ha sembrado semillas en varios países occidentales en donde la *Internacional Populista* (Zakaria, citado en Applebaum, 2016) se ha asentado y desbocado, toda vez que a tal esfuerzo lo empujan impulsos característicos de los gobiernos autoritarios.¹⁰

El tema que está al centro del drama político de Washington es el extremo abuso del poder del que Trump se ha valido para controlar la política estadounidense sin tener credibilidad, y con la sola legitimidad relativa que le dio el Colegio Electoral (no el voto popular, el cual perdió por casi tres millones de votos ante Hillary Clinton), en razón de la arquitectura constitucional con la que se tejó el sistema electoral.¹¹ En cualquier caso Trump es, todavía hoy, un presidente impopular (su índice de aceptación es muy bajo, no logra rebasar el 38 o el 48 por ciento, según la empresa encuestadora, desde que inició su mandato),¹² encubierto por una casta del *establishment* republicano y los

2016: 20-21). Sobre la madre de Trump se dice lo siguiente: “Mary, coming from the preferred stock of British whites, would be welcomed at a time when the US was closing its doors to many others”.

¹⁰ Zakaria argumenta que se ha impuesto un orden i-liberal, es decir, anti o no liberal (Zakaria, 2018). El populismo autocrático se ha impuesto más allá de las ideologías.

¹¹ Desde hace años se ha dado una importante discusión sobre la necesidad de reformar el sistema electoral, para desaparecer el Colegio Electoral y recurrir al voto directo y universal. Parece que esto ha resurgido en la actualidad en forma intensa (Seitz-Wald, 2019).

¹² Según una encuesta mundial de <avaaz.org> (2016) desde 2016 el estado de ánimo de la sociedad internacional no es favorable a la elección de Trump como presidente. Se trata de una encuesta realizada en los seis países más cercanos a Estados Unidos: Gran Bretaña, Francia, Alemania, Japón, Canadá y México. En todos, sin excepción y en porcentajes que superan el 75 por ciento, se piensa que el mundo será un lugar más inseguro con Trump en la Casa Blanca.

sectores de la extrema derecha, que han optado, con escasa ética política, por una apuesta del pasado, con tal de garantizar el poder con base en la continuidad del dominio de un extremismo no experimentado en mucho tiempo en Estados Unidos, a pesar de la crisis constitucional que se avecina. Este impulso ha incluido intentos claros de subvertir el orden legal y jurídico. No obstante, estos sectores que lo apoyan ya constataron en las intermedias de 2018 cómo se lo cobraron los votantes, quienes eligieron una Cámara baja de mayoría demócrata y conformada por una inédita diversidad política, étnica y de género.¹³ Esta robusta oposición a Trump puede ser el primero de varios factores de resistencia que habrá de enfrentar el magnate en su segunda (y temeraria) aventura presidencial, la que al parecer ya comenzó desde el momento mismo en que perdió la mayoría en el Congreso.

El nuevo siglo global empezó, entonces, con una tragedia (9/11), una esperanza (Obama) y una anomalía democrática (Trump). Padeció el conflicto en Medio Oriente atizado irresponsablemente por G. W. Bush y remató en el proceso intervencionista *putinista* que tuvo, en el secuestro de Crimea y la agresión a Ucrania, su máxima expresión. No se diga el intervencionismo ruso en prácticamente todos los procesos electorales en Europa e incluso en Estados Unidos.¹⁴ En su libro *Anatomy of a Monstrosity*, N. J. Robinson escribe:

Con respecto a la economía, en los tres países europeos el 70 por ciento estima que irá mal si Trump vuelve a ganar. Preguntados por las ideas de Trump, el 41 por ciento de los encuestados mexicanos respondió que “les revuelven el estómago” y el 75 por ciento cree que las políticas de Trump aumentan la probabilidad de sufrir un atentado terrorista como el ocurrido en París el 15 de noviembre de 2015 (más del 50 por ciento piensa lo mismo en los países europeos mencionados). La gran mayoría (el 92 por ciento) de los entrevistados mexicanos se opone a que ideas como las de Trump se conviertan en algo cada vez más común en su país. Ricken Patel, director general de Avaaz, afirma: “La mayoría del mundo está de acuerdo con la mayoría de los estadounidenses. Donald Trump es peligrosamente estúpido: un sueño para ISIS y una pesadilla para todos los demás. La gente se está uniendo en todo el mundo contra sus políticas de división porque saben que la única forma de enfrentar desafíos como el terrorismo o el cambio climático es estando juntos” (Avaaz.com, 2016). La encuesta pone en evidencia que si se votara a nivel global por la Presidencia de Estados Unidos, Donald Trump nunca llegaría al poder, caso opuesto al de Obama, muy popular internacionalmente en 2008. La cuestión estará en observar cómo votarán los más de 235 millones de votantes estadounidenses. Nada que ver, desde luego, con los más de once millones de votantes que lo han empujado a la nominación y convertido en el mayor peligro para la seguridad mundial.

¹³ La Cámara baja está compuesta por 235 representantes demócratas y 199 republicanos.

¹⁴ Una investigación del German Marshall Fund encontró que Rusia ha intervenido en procesos políticos en al menos veintisiete países, utilizando ciberataques y campañas de desinformación. *The Guardian* reportó que Rusia también se inmiscuyó en el referéndum sobre el Brexit, y *El País* informó lo mismo respecto de la crisis en Cataluña (Naim, 2019).

Desde mi propia perspectiva, Trump despliega casi todas las tendencias más odiosas del carácter humano. No puedo pensar que esto irá bien. Sospecho que mucha gente será lastimada por su presidencia. Para aquellos de nosotros que creemos en la erradicación del egoísmo, la violencia y la crueldad, la elección de Donald Trump a la Presidencia ha sido una noticia desafortunada. Él es, después de todo, un hombre espectacularmente banal. Ahora bien, asumiendo que Trump no apriete el botón nuclear y erradique todas las especies, todavía hay algo de tiempo para poner las ruedas de la historia en reversa. Si tomamos en cuenta que la gente no sucumbirá al pensamiento apocalíptico, aún puede ser capaz de deshacerse de Trump (Robinson, 2017: 1).

¿Será posible tal hazaña?; ¿permite hoy el secuestro efectuado por Trump del *establishment* político estadounidense algún margen de maniobra para que los actores políticos recuperen la cordura?; ¿no estaremos ante un caso extremo y peligroso de síndrome de Estocolmo, debido al cual los rehenes civiles, estadounidenses e internacionales, no son capaces de escapar de la burbuja autoritaria que Trump ha producido y que tanto ha permeado los ambientes políticos europeos?

Desde los tiempos de Westfalia, pasando por los periodos descritos arriba e incluyendo las dos grandes guerras del siglo xx, las más sangrientas de la historia, según Eric Hobsbawm, la guerra fría y la caída del Muro de Berlín (sin olvidar las guerras de Corea y de Vietnam), el mundo no se había confrontado a un estado de inestabilidad de la magnitud del que hoy se vive. De acuerdo con la teoría política, incluso se puede convertir en un mundo hobbesiano y desatar una guerra cultural de proporciones muy peligrosas, algunas de cuyas manifestaciones ya se han experimentado en Estados Unidos con los impulsos racistas de un sector de su población, tanto los muy recientes como los del pasado, y con los brotes conocidos del movimiento neonazi, que por cierto Trump nunca ha condenado (Ryan, 2018).¹⁵ Una elección nacional cuestionada dentro y fuera de Estados Unidos, como la de Trump, representa una gran anomalía democrática que no se puede pasar por alto. Así, todos los arreglos racionales en política internacional llevados a cabo por Washington en el periodo de Obama, e incluso en el de Bush hijo, han estado en peligro

¹⁵ Trump es un “racista en jefe” que, como jefe de Estado, ha suscrito los mensajes supremacistas de sectores de blancos racistas, y no condenó el asesinato de George Floyd por un policía racista blanco en Mineápolis, Minesota, ya en 2020, en plena crisis por la pandemia de Covid-19 en la Unión Americana. De hecho, la respuesta de Trump a este grave acontecimiento ha puesto al desnudo de nueva cuenta el grosero racismo del presidente estadounidense.

de quebrarse, dadas las decisiones, casi todas impulsivas, que Trump ha adoptado, está tomando y presumiblemente seguirá asumiendo.¹⁶

Es algo muy aceptado que la entrada de Donald Trump a la Casa Blanca ha supuesto un parteaguas en la historia mundial contemporánea. Los muy precarios equilibrios de poder internacionales vigentes, que se instituyeron históricamente con grandes esfuerzos y no menos dificultades, pueden estar en un riesgo muy serio en la actualidad. Nos referimos al debilitamiento del andamiaje institucional que sostiene al multilateralismo y a sus instituciones internacionales más preciadas, todas ellas imprescindibles para garantizar y defender la paz, la defensa de la seguridad global frente a actores beligerantes estatales (Corea del Norte, Israel, Irán) y no estatales (ISIS, Al Qaeda, Boko Haram), la educación, la cultura y la salud, así como para combatir el desequilibrio ecológico provocado por el calentamiento global. Se trata de la distribución de los bienes globales necesarios para que el planeta se proteja de su principal amenaza: las acciones del hombre. En la actualidad, este hombre, este actor del poder, Donald Trump, ha logrado despertar las pasiones negacionistas acerca de las historias política, militar y ecológica mundiales, y ha utilizado para ello todo el poder que posee como cabeza de la potencia —aunque en declive relativo— más poderosa, militar y económicamente, del planeta, para lograr imponer sus términos.

Hemos atestiguado que el compromiso responsable con la mayoría de los estadounidenses y de los pobladores del planeta, que regional y mundialmente están a expensas de las políticas de Estados Unidos, no ha sido cumplido por este extravagante habitante de la oficina oval, toda vez que ha roto con los principios de la democracia liberal que guiaron a sus antecesores (casi sin excepción, salvo en el caso de Andrew Jackson, quien se asemeja a Trump por su proteccionismo), al no haber estado dispuesto a acordar con aliados y enemigos un orden racional, ya no se diga una orientación humanista en la toma de las decisiones tanto locales como internacionales. Su veto a la entrada de inmigrantes musulmanes (Trump, 2017; Chisti *et al.*, 2018);

¹⁶ La más importante de todas es la salida de Estados Unidos del tratado nuclear celebrado entre los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU e Irán (el Grupo G5 + 1). También destacan, entre otros casos emblemáticos, sus renunciaciones al TPP (Acuerdo de Colaboración Transpacífica), al Acuerdo de París sobre cambio climático y a la Organización Mundial de la Salud (OMS), justo en medio de la emergencia sanitaria mundial producida por el nuevo coronavirus SARS-CoV-2, que nadie sabe aún cómo y cuándo va a terminar. Además de estos ejemplos, existen muchos otros que evidencian cuán ajeno está el trumpismo del acuerdo civilizatorio.

sus chantajes a los jóvenes inmigrantes del programa *Deferred Action for Childhood Arrivals* (DACA) (Council on Foreign Relations, 2019); su decisión de apoyar, contra el sentir de la comunidad mundial y de la Asamblea General de la ONU, la postura de los halcones en Estados Unidos y de Israel de mover su capital de Tel Aviv a Jerusalén (Landler, 2017), y su cruzada pronuclear frente a Corea del Norte e Irán (Rizzo y Kelly, 2018; Council on Foreign Relations, 2019), nos muestran un Trump extraviado, disperso y extremista, que en cualquier momento podría tomar una decisión impulsiva, muy característica de él. Su poder de provocación es imparable e ilimitado. Todo en él representa una anatomía de la monstruosidad, tal y como lo describe Robinson.

Ante las amenazas que vienen, no queda más que confiar en que pronto habrá, dentro y fuera de Estados Unidos, corrientes de opinión y acción política proactivas que disuadan este impulso antidemocrático producido desde una gran nación desarrollada y que no se conoció antes en toda la era moderna estadounidense.

Impunidad despótica, “trumputinismo” y balance de poder

La autodegradación y la ignorancia manifiestas que el propio Partido Republicano ha compartido, permitido que crezcan en el discurso y la acción de la política, y en la persona de Trump como actor político, no tendrán reversión fácil en el tiempo. El daño hecho está y se pone de manifiesto cotidianamente en el debate público estadounidense. Trump representa a un sector extremista pero también enojado, ignorante y prepotente de la sociedad estadounidense y casi nada de lo que ha propuesto puede siquiera materializarse en los hechos (*The New York Times*, 2016). ¿O acaso será definitiva, más allá de Trump, la reversión del pacto nuclear firmado con Irán por las cinco potencias del Consejo de Seguridad de la ONU, más Alemania y avalado por la Unión Europea?; ¿cerrará la embajada de Estados Unidos en La Habana, abierta por Obama?; ¿seguirá la confrontación con China al grado de provocar una guerra comercial que desestabilice la economía y las finanzas globales?; ¿chantajeará a México para que pague por el muro, o de plano ya lo pagó al aceptar como propia la política migratoria trumpista?; ¿invadirá Venezuela? Habrá que ver. Trump representa al charlatán más espectacular que ha producido

la historia política de Estados Unidos.¹⁷ Se trata del más reciente déspota en el firmamento político de las Américas, sólo acompañado por Nicolás Maduro, Daniel Ortega, Jair Bolsonaro (y en otras latitudes por Vladimir Putin y Kim Jong-un). El cinismo político, que muestra en el nombre de la anticorrección política, es una expresión de su desprecio por la equidad y la justicia, por la etiqueta política, por la política misma y por sus reglas democráticas, que incluso Vladimir Putin (otro déspota al más puro estilo neosoviético-zarista) cumple, aunque a medias. Se trata de un antipolítico agitador frente a la cosa pública.

Se caracteriza por un temperamento despótico que no ha cambiado ni se espera que cambie. Trump es un sujeto con la mente cristalizada. Su *mexicanofobia e islamofobia*, con las que inauguró su presidencia; sus insultos a las mujeres, a los minusválidos y a los veteranos de guerra; sus amenazas a la prensa crítica; su desprecio por un juez mexicanoamericano por su origen; su admiración por Putin, Mussolini y los responsables chinos de la masacre de Tiananmen, todos son factores que hacen palidecer a otros déspotas históricos del continente americano y de otras latitudes. Aunque también dan paso a lo que George F. Will ha denominado como “autoritarismo anticonstitucional”.¹⁸

¿Por qué Trump aviva el *trumputinismo*? Más todavía, ¿por qué se fulmina con esto una política de equilibrios, que guste o no, mantiene el balance de poder entre Estados Unidos y sus aliados con Moscú y China? Según Bull, “la principal función del balance de poder [...] no es preservar la paz sino conservar el sistema de Estados” (Bull, 1977: 107).¹⁹ En este sentido, cuando Bull se refiere a una “sociedad de Estados”, él está pensando, principalmente, en las naciones industrializadas capitalistas, aunque también incluyó a los nuevos países en desarrollo que habrían adoptado el mismo principio

¹⁷ Destaca su temprana asociación con Roy Cohn, famoso abogado vinculado con el macartismo y los sectores más oscuros del *establishment*, que habla por sí misma. Su cercanía con Cohn desde el inicio de su meteórica carrera empresarial fue sólo el comienzo de una serie de alianzas con los segmentos más retrógrados de la política de Estados Unidos (Kranish y Fisher, 2016). En tiempos recientes trascendió su alianza con Roger Stone, maestro del juego sucio en favor de la política republicana e inmerso en un proceso de investigación judicial en su contra.

¹⁸ Nos dice Will: “Many Republicans rationalize supporting Donald Trump because of the Supreme Court. This two-word incantation means: because we care so much for the Constitution, it is supremely important to entrust to Trump the making of Supreme Court nominations” (Will, 2016).

¹⁹ George Kennan asumía que las relaciones internacionales consistían primordialmente en la interacción mesurada de los gobiernos (Kennan, 1947).

(Bull, 1977: 258-259).²⁰ Ésta parece ser la circunstancia histórica del actual siglo XXI, es decir, siguiendo a Arnold Toynbee, “una política de balance de poder es, en primer lugar, una política de los grandes poderes. Los Estados pequeños, a menos que puedan combinarse entre sí [por ejemplo, los “BRICS” en el pasado cercano], sólo pueden ser pesos [específicos] en un balance controlado por otros. Un pequeño Estado es un vacío en un área de alta presión política” (Toynbee, citado en Spyman, 1942: 20).

Dada esta asimetría que se observa en el precario equilibrio que guarda el balance de poder, observamos a un actor (Trump) con poca claridad argumental o programática en su peligrosa y equidistante relación con Rusia. Además, ciertamente es muy visible la escasa claridad estratégica sobre el papel como pivote de consensos que Estados Unidos debiera estar jugando en las relaciones internacionales. Éste es un hecho desde el principio de su presidencia y ahora Rusia se aparece como un acompañante tan anómalo como innecesario e indeseable en la escena global y en el contexto económico y político histórico en el que se ha colocado Washington (Toosi, 2019), toda vez que ha optado por los impulsos autocráticos en casa y por los reflejos intervencionistas en varias democracias, la estadounidense de entrada y, posteriormente, otras más jóvenes, como la húngara, la polaca y la checa.

En este sentido, al interior del *establishment* político estadounidense, mismo que Trump ha querido destruir sin éxito, se dice: o existe un *Kompro-mat* (compromiso) con Putin debido a la información comprometedor que atesora sobre Trump acerca de sus constantes viajes empresariales a Rusia en el pasado, en donde presumió su predilección por el reclutamiento de prostitutas para su exclusivo confort durante sus estancias en Moscú (y por el financiamiento secreto del capital privado putinista a sus eternamente quebradas empresas), o es simplemente producto de acciones torpes.²¹ Trump

²⁰ “A balance of power policy is in the first place a policy for the great powers. The small states, unless they can successfully combine together, can only be weights in a balance used by others. But although they are stakeholders rather than players, their interest in the outcome of the game is nonetheless great. A small state is a vacuum in a political high pressure area. [...] To preserve the balance requires action not only against the neighbour that becomes too powerful but also against distant states” (Spyman, 1942: 20).

²¹ A finales de febrero de 2019, Michael Cohen reveló bajo juramento en una comparecencia congressional que Trump quiso construir una Torre Trump en Moscú y que apoyó las filtraciones de *WikiLeaks* y de Assange sobre Clinton. Michael Cohen se entregó a la justicia el miércoles 22 de agosto de 2018 y se declaró culpable de ocho cargos, dos de los cuales fueron fraude y violación a las leyes electorales por instrucciones directas “del candidato” (Trump), según con-

tiene un pasado turbio. Todos lo saben, tanto en el ámbito de los negocios de la construcción, en donde se le llegó a vincular con la mafia italoneoyorquina y con la evasión de impuestos, como en su vida privada (Glushakow, 2016; Vesoulis, 2018).

En este renglón, el desempeño de Trump borra de un plumazo la noción realista de balance de poder en la que históricamente ha descansado la política exterior de Estados Unidos. Lo mismo afirma que la Unión Europea es un fracaso o que México es un país de violadores. O fulmina un pacto nuclear que sí funciona (Irán) e instaura otro que no (Corea del Norte). O impone una guerra comercial al mundo entero, abandona el Acuerdo de París sobre cambio climático, desprecia a la OTAN (para el beneficio de Putin), o despotrica contra la OMS en plena pandemia por Covid-19. Caos total. Trump es primordialmente un exterminador en jefe. Trump nos recuerda (toda proporción guardada) a aquella alegoría de Chaplin en *El gran dictador*, cuando hace a Hitler jugar a la pelota con el globo terráqueo, en la inmensa oficina del tirano: la suya, su postura física y moral, es la expresión de un grotesco despropósito estético y ético.

fesó. Además, quería callar a sus amantes, para que no estorbaran en su campaña, y les compró su silencio por la friolera de ciento cincuenta y ciento treinta mil dólares, respectivamente. Como en jugada de casino. ¿Frivolidad, cinismo, corrupción?, ¿todo junto? Para su desgracia, ese mismo día cayó otro de sus socios en el entramado de corrupción que armó para llegar a la Presidencia, Paul Manafort, excoordinador de campaña y abogado de lujo de los autócratas putinistas y del expresidente ucraniano prrruso, Víktor Yanukóvich, a quien diseñó una pestilente estrategia política de conservación del poder ante la indignación de su pueblo, y que quiso convertir en ejemplo paradigmático —con el apoyo de Putin— a los ojos de las elites europeas y estadounidenses. La sociedad de Putin y Manafort fracasó en Kiev, pero ganó al proyectar a Trump a la Presidencia. Putin, con Manafort en la nómina de sus lacayos, logró lo inimaginable: cooptar a su peor enemigo con la misión de reanimar a los nacionalismos de extrema derecha, con la finalidad de deshacer el arreglo civilizatorio en curso, cuya matriz es el orden liberal. Trump y Putin, peones de sí mismos.

De eso se trata, como dice Naomi Klein que le dijo Bannon a Trump, “de deconstruir el Estado administrativo” (Klein, 2017). O lo que es lo mismo: de acabar con las regulaciones y las agencias encargadas de proteger los derechos de la gente. Y Trump (el “maestro del desastre”) parece encajar como anillo al dedo con los objetivos de los intereses *de facto* que pretenden que, los aún vivos y libres espacios democráticos del mundo de la democracia liberal (prensa libre, debate de las ideas, diversidad étnico-cultural, etcétera) sean proscritos. Se necesitaba a alguien así. Razón que explica la abyección de los miembros más extremistas y reaccionarios del Partido Republicano que ven en Trump el último tren que los conduzca al rescate de ese edén primigenio, consagrado en la “ciudad sobre la colina”, la “Nueva Jerusalén”. Todo esto a expensas de los derechos de la sociedad de una república, que hoy más que nunca parece abogar por mantenerse como tal y para que la pesadilla acabe.

Asistimos, pues, en esta bifásica complicidad, a la anulación de un acuerdo racional de balance de poder entre potencias, el cual pareciera quedar a expensas de ambiciones de grupos especiales y elites del poder político. Por su lado Putin, el exagente de la KGB (y hoy jefe de la triada *clique empresarial proputinista-mafia rusa-servicios de inteligencia*, al servicio de la aniquilación, vía envenenamientos a domicilio de la disidencia rusa), no es menos corrupto que Trump.²² Según Dawisha (2014), Putin ha sido capaz de tejer la más fabulosa red de corrupción en la historia de ese país, a base de fraudes, expropiaciones espurias, asesinatos y encarcelamiento de oponentes y disidentes, y de la imposición de la sistematización de la extorsión generalizada. Putin y su elenco se están preparando para retomar el poder perdido ruso desde los tiempos del zarismo y del soviétismo, un problema que ha sido reconocido por Alemania y por la Unión Europea en su conjunto, más aún después de la ilegal anexión de Crimea y de la agresión a Ucrania. Toda la trama *trumputinista* se sintetiza trágicamente en la ya famosa Cumbre de Helsinki. Como se recordará, en esa reunión Trump protegió a Putin al desmentir al FBI y a los cuerpos de inteligencia estadounidenses que previamente a su viaje sostenían que Rusia había intervenido el proceso electoral de 2016: “Putin persigue desvincular a Europa de Estados Unidos. Y Trump consiente esta política de finlandización, concepto que presumiblemente ignora. Para Trump, Rusia no es culpable. Ni por la anexión de Crimea, ni de la desestabilización de Ucrania, ni del derribo de un avión civil de pasajeros con un misil ruso, ni por la injerencia de Moscú en las elecciones presidenciales de Estados Unidos” (Basterra, 2018).²³

Los actores anticivilizatorios frente a la diversidad

Como ya se mencionó, Estados Unidos ha sido una nación de inmigrantes. Así nació, así se hizo y así sigue siendo. Es un crisol de razas (intolerancia en contra, incluida, más en teoría que en los hechos) en cuyo territorio están representadas las diversas etnias que componen el planeta y también la

²² Así lo denunció Karen Dawisha en su libro *Putin's Kleptocracy. Who Owns Russia?*

²³ Justo antes de este encuentro (a solas) entre Trump y Putin, el primero había asistido a la Cumbre de Bruselas, en donde humilló a la Unión Europea.

mayoría, si no es que todas, las naciones del globo. Es también un Estado que, incluso a pesar de su lamentable historia de *apartheid*, avanzó, con dificultades, hacia el progreso político y la recuperación del tiempo perdido desde que reprimió a las poblaciones nativas en aras de la conquista territorial y, posteriormente, afianzó la esclavitud de los africanos que importó. Fue Abraham Lincoln (el presidente favorito de Obama) quien en 1862 lanzó la Proclamación de la Emancipación. Según su biógrafo, David Donald (1996), Lincoln ha sido el estadista por excelencia “de la justicia racial y la reconciliación nacional”. Fue, además, presidente pionero y miembro del nuevo Partido Republicano que veía la luz a la par que ocurría el mayor acontecimiento político de la historia étnica estadounidense. Ciertamente un Partido Republicano muy distinto al que hoy se hace el harakiri.

El sentido de identidad estadounidense ha sido motivo de preocupación y estudio frecuentes (Huntington, 2004). También se ha distinguido por ser un fenómeno complejo. Aun cuando el espíritu de nación unitaria que prevalece en la narrativa social dominante es poderoso, se trata de un impulso que varía en función del grupo social y las coordenadas geográficas. Lo mismo ocurre con la religión, con la ideología y, desde luego, con los impulsos discriminatorios o sectarios que generalmente dominan en todas las naciones; en Estados Unidos éstos tienen sus diversos nichos de pertenencia. No obstante, han dominado algunas características, que si bien lo asemejan a algunos países europeos y a Rusia, también lo determinan como un país dominante único; una de ellas es el sentido de excepcionalidad, la idea de ser *el pueblo elegido*, que ha llevado a ese país a relacionarse con el mundo con un sentido de superioridad que en más de un caso le ha dado más problemas que ventajas. La otra son las formas en cómo históricamente ha tratado el disenso y en cómo se ha conducido con actores cuyas visiones difieren de las propias: para muchos estadounidenses las únicas maneras de lidiar con personas cuyas visiones difieren de las propias es aislarse de ellas (o a ellas de uno), convertirlas o destruirlas (Valdés-Ugalde, 2007).²⁴

²⁴ “Puede entenderse la religión colonial como la fuente de tres series de ideas que son del sentido común para la mayoría de los estadounidenses [...]. Primero, la identidad, sobre quiénes son los estadounidenses, con la visión que muchos tienen de su propia excepcionalidad y destino; la idea de ser el pueblo elegido. La segunda tiene que ver con su forma de tratar el disenso, cómo conducirse con las personas que tienen visiones diferentes de las propias. Para muchos estadounidenses las únicas maneras de lidiar con gente cuyas visiones difieren de las propias es aislarse de ellas (o a ellas de uno), convertirlas o destruirlas [...]. Finalmente, tenemos la limitada

Trump irrumpe en la política como un portavoz de ambas tendencias. Sólo que lo hace en un contexto en donde la “otredad” ya no es, necesariamente, “ajeneidad”, toda vez que Estados Unidos avanzó hacia la constitución de una sociedad plural, que *se pertenece a sí misma*, más allá de la narrativa desparpajada del supremacismo blanco que enarbola Trump, y muy a pesar de su visión sectaria de la cohesión social, quizás la más culturalmente globalizada del planeta. Al tiempo que, por medio de la retórica despótica y *nacional-chovinista*, descubrimos la existencia de una realidad civilizatoria que a través del tiempo pudo lograr el proceso político, social y cultural de Estados Unidos, también asistimos a su violenta y banal negación e intento de destrucción. El trumpismo es un proceso de degradación política, como de inauguración de una forma distinta y nueva de ejecutar la acción política. Trump representa la intolerancia originaria que llevó a la quema de “brujas” en Salem,²⁵ pero también a la reivindicación casi teológica de la unicidad patriótica, que en el siglo XXI representa un retroceso y una contradicción frente al sentido civilizatorio más acabado que pudiera haber logrado país occidental alguno. Su incivil discurso lo hace un caso único de intolerancia, todo lo cual también resulta ser campo idóneo (paradójicamente) para que la fuerza de una sociedad plural lo pueda resistir, contener y eventualmente hundir. Trump representa el espíritu más primitivo del estadounidense profundo, nativista, supremacista y cuyo enojo y sed de venganza en contra del atrevimiento presidencial de Obama ha sido catalizado, hábil pero irresponsablemente, por el magnate y sus patriotas en silla de ruedas (Valdés-Ugalde, 2015). Se trata de un machismo político que en nombre de decir las cosas “como son” estafa a todo el mundo con falsedades y distorsiones de diversos cuños.

Quedará a cargo de la polarizada sociedad estadounidense trascender este momento y lograr sacudirse el lastre y, de pasada, librar al mundo de un peligro de seguridad enorme. El retroceso civilizatorio que ha supuesto el trumpismo se vislumbra como amplio y profundo. Hoy más que nunca recuperemos a Santayana cuando dijo que aquellos que no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo.

idea estadounidense de la caridad, que está ligada con la convicción de la excepcionalidad del pueblo americano” (Augelli y Murphy, 1988: 37).

²⁵ Sobre la quema de brujas en Salem, véase *The Wonders of the Invisible World: Being an Account of the Trials of Several Witches Later Executed in New England and of Several Remarkable Curiosities therein Occurring* (Mather [1693] 1957).

TRUMLAND

Trump ha reactivado al sector de la población blanca estadounidense que ha manifestado históricamente un resentimiento racial y de clase que también ha recorrido ominosamente los corredores del poder y de la sociedad por décadas; se trata del *estadounidense profundo* que se identificó, en primer lugar, con las añoranzas nativistas delirantes y recalcitrantes del Tea Party (Draper, 2013: 352; Gervais y Morris, 2018: 328). Al mismo tiempo, el presidente ha sido el transmisor de una radicalización hacia la extrema derecha arrogante por parte del republicanismo y, en muchos sentidos, esto ha representado un retroceso para la democracia y los derechos civiles: “La crisis política en Estados Unidos, agudizada por las disputas producidas [...] ha acabado por tener un impacto mundial” (Velasco, 2016). En este sentido, Trump tuvo un lamentable éxito en tiempos en que las normas e instituciones nacionales e internacionales habían logrado diseñar con éxito relativo el blindaje normativo para preservar los derechos universales y democráticos, tanto de las minorías como de los desprotegidos de la Tierra. Si bien, el viraje al que ha obligado Trump al Partido Republicano —y al sistema político en su conjunto— no será hacia el fascismo (Riley, 2018) como presagian equivocadamente algunos, lo cierto es que su radicalismo, aparte de haber despertado fobias que se creían olvidadas, ha contaminado el proceso político estadounidense. Y su corrosiva narrativa —aideológica e intangible— ha polarizado aún más los climas políticos local y global.

Donald Trump ha impuesto un código de *no ética* e iniciado una carrera democráticamente antitética en el proceso político estadounidense, que se antoja de alto impacto en el mediano plazo para la política bipartidista en Estados Unidos y para las relaciones con los actores internacionales. Se trata de un hecho inédito en la política de Estados Unidos, toda vez que se han roto los equilibrios que el sistema político de ese país se había dado desde que los padres fundadores redactaron la Constitución. Trump y sus inevitables aliados han intentado arrasar con los contrapesos y con varias de las disposiciones constitucionales que hacían de ese país uno con enormes atractivos políticos. El republicanismo ha tolerado esta imposición a costa de su tradición democrática y de esto tendrá que hacerse cargo cuando pierda toda posibilidad de conservar la Casa Blanca debido a los juegos peligrosos de la intolerancia y los prejuicios maximalistas que han puesto en operación los sectores recalcitrantes

que intentan dominar el teatro político en Estados Unidos, desde que en 2008 ascendiera con fuerza el ya mencionado Tea Party, y que han ocasionado la pérdida del centro de equilibrio que le es básico a cualquier partido político si pretende gobernar para todos (Halper y Halper, 2017: 322)

TRUMP, PUTIN Y LA GUERRA HÍBRIDA

El presidente número 45 de Estados Unidos ha tenido una serie de reveses que le pueden costar la reelección en 2020. Finalmente, la pesadilla que se presagiaba se ha hecho realidad: Trump, en su freudiano embate contra Trump, está a punto de fulminar a ambos. Lo peor: este embate puede llevar al *Grand Old Party* (GOP o Partido Republicano) a su peor crisis desde la era de Barry Goldwater.²⁶ Fiel a su estilo, Trump ya pisó terreno minado por todos lados. Primero, en la campaña invocó a la Rusia de Putin a entrometerse en asuntos internos de Estados Unidos, al encomendarle obsequiosamente a Moscú que espiera las cuentas de Hillary Clinton²⁷ (actividad que atribuyó el FBI al Servicio Federal de Seguridad de la Federación Rusa —FSB—, sustituto de la no tan bien ponderada KGB) (Crowley y Pager, 2016). También durante la campaña, Trump apostó por un cuerpo a cuerpo con el señor Khizr Khan y su esposa Ghazala, padres de un soldado estadounidense/musulmán muerto en Irak en 2004 y al que Trump denigró (Haberman y Oppel Jr., 2016). Los Khan acusaron a Trump de no tener alma, de ignorante y de islamofóbico: Trump cayó en su propia trampa (Beavers, 2017). Su islamofobia lo condujo a un sendero de no retorno: cuestionar la legitimidad de un héroe de guerra estadounidense por su origen musulmán le fue y seguramente le será muy costoso el 3 de noviembre de 2020.²⁸

²⁶ Goldwater fue un político y empresario que logró hacer resurgir el conservadurismo estadounidense en los años sesenta, particularmente en 1964, cuando perdió como el candidato republicano a la Presidencia. Se oponía a la Ley de Derechos Civiles de 1964 y al legado del *New Deal* (Bell, 1964: 312; Buckley, 2003: 208; Cook, 1964: 186).

²⁷ Este hecho fue considerado como la luz verde que mandó Trump a Putin a fin de que iniciara las acciones de infiltración en el proceso electoral de 2016.

²⁸ Trump enfrenta en el nuevo Congreso una resistencia plural y combativa, encabezada por dos diputadas musulmanas-estadounidenses, Ilhan Omar (nacida en Somalia) y Rashida Tlaib, hija de padres palestinos, a las cuales hay que agregar a la joven estrella de la izquierda demócrata, Alexandria Ocasio-Cortez, quien está revolucionando la actividad legislativa.

Ya antes Trump arrastraba un déficit: la ya mencionada crisis provocada con sectores de mexicanos, de mujeres, de discapacitados, de periodistas, de afroamericanos (empezando por Obama) y demás sectores de población que han sido víctimas de su visión torva de las diferencias étnico-sociales, y de su racismo conspicuo y por definición torpe e ignorante; no se diga lo que implica su negativa a presentar sus cuentas ante el fisco estadounidense (lo cual, la Cámara de Representantes de mayoría demócrata se ha propuesto investigar y, de hecho, ha lanzado un ultimátum recientemente para que la Reserva Federal [FED] muestre las declaraciones de impuestos de Trump de hace diez años).²⁹ No está de más agregar a esta lista de agravios, que ya parecen ser generalizados entre los estadounidenses, su manifiesta simpatía por personajes autoritarios de la política mundial, como el déspota norcoreano Kim Jong-un y el propio Putin, cabeza de la cleptocracia rusa. Todo esto ya le está costando, al interior de su propio gabinete, la autonomía para tomar decisiones en política exterior (Bernstein, 2019).

Lo más grave aparece en el rubro de la compleja y bifásica relación entre política interna y externa. ¿Habrà sabido Trump, o se habrá dejado informar por sus asesores, de lo que es la “guerra híbrida”, que Moscú ha concebido para desestabilizar a enemigos políticos globales que le estorban a Putin, con el fin de hacer avanzar los impulsos narciso-soviético-zaristas que lo tienen obsesionado? Trump parece no estar al tanto de éste y otros fenómenos que se están produciendo en el teatro global; de ahí el grave riesgo que los estadounidenses empiezan a detectar. Ucrania, Georgia y antes Kazajistán, e incluso Polonia, Holanda, Hungría y otros países, han sido ejemplos de esta trama de contención rusa, e incluso de ofensiva militar disfrazada que Putin ha concebido para dinamitar el balance de poder global. Se trata de una idea que sólo Trump, como el aún visible líder occidental, ha asumido como propia, al plantear, entre otras perlas, abandonar a la OTAN a su suerte, frente a la Rusia putinista omnipotente que hoy pretende ser vanguardia del cambio global. Cada vez queda más claro que cuando Trump habla como antipolítico, más polémicamente político se vuelve su discurso con todas las consecuencias que esto provoca.

²⁹ Son de sobra conocidas las argucias de Trump para evadir impuestos desde los años sesenta en que se hizo cargo de la empresa de su padre (Kranish y Fisher, 2016).

Progreso o decadencia

El daño sufrido por el sistema político estadounidense en los últimos ocho años ha sido severo. Durante el periodo de Obama se desató una batalla campal por el poder, que ha sido atizada más desde el fanatismo extremista de la derecha que por la razón política (Obama llega al poder y los defensores de la blanquitud se exaltaron *ad extremis*). La ya mencionada crisis que sufre el Partido Republicano es una consecuencia de ello. Si bien los demócratas no han experimentado una descomposición similar y por el contrario se revalorizaron en la pasada elección de 2018, sí han enfrentado un intenso proceso de renovación, más aún ahora que Joe Biden ha logrado armar una amplia coalición que seguramente será historia ganadora.³⁰

Durante los primeros años de la presidencia de Trump no sólo se malogró el equilibrio de poder partidista, sino que también el Partido Republicano (PR) perdió su centro político, aspecto que lo mantenía como un partido conservador moderado creíble.³¹ Por su lado, la equidad en el sistema de votación deja mucho que desear. Constituyen un buen número los estados gobernados por el PR que han impuesto medidas restrictivas (a través de la redistribución) para el ejercicio del voto entre la población potencialmente demócrata, como los afroamericanos y los latinos, aunque estas pretensiones se contuvieron gracias a un fallo de la Suprema Corte de Justicia.³²

Existe evidencia de que los sistemas político y electoral de Estados Unidos confrontan una crisis de legitimidad sistémica, lo que nos obliga a pensar que el país enfrenta un gran desafío que lo obligaría a implementar muy pronto una reforma político-electoral profunda. Un importante fallo reciente de la Suprema Corte de Justicia, que ordena que los delegados del Colegio Electoral voten por quien ganó el voto popular, representa un avance muy significativo en este sentido (Barnes, 2020). En todo caso, ante el embate antidemocrático

³⁰ En gran medida gracias al apoyo y presencia del senador por Vermont, Bernie Sanders, y a la de otros nuevos actores que hoy están plenamente inmersos, junto con Biden, en la campaña presidencial de 2020, tales como la senadora Elizabeth Warren, el excongresista local de Texas, Beto O'Rourke, y los senadores Kamala Harris y Cory Booker, así como las ya mencionadas congresistas mujeres representantes de minorías, entre otros muchos políticos demócratas.

³¹ El conservadurismo liberal de Edmund Burke, una de sus inspiraciones, ha sido para siempre enterrado por el conservadurismo extremo (Valdés-Ugalde, 2012).

³² Esta trampa manipuladora se conoce en la ciencia política estadounidense como "gerrymandering" (Cornell Law School, s. f.; Kauffman, 2019).

de Trump y los impulsos regresivos que su presidencia representa, se antoja reflexionar y desear que se trata de un momento y una oportunidad para que el sistema político se regenere (Vandermaas-Peeler *et al.*, 2018).

SADISMO Y PODER

En esta línea de argumentación empieza a ser cada vez más claro que Trump construye un discurso a base de mentiras. Ese discurso ha sido una constante en contra de la amplia otredad que cohabita en la sociedad estadounidense (mexicanos, musulmanes, mujeres, discapacitados, veteranos de guerra, afroamericanos, y un largo etcétera).

Para ilustrar lo anterior incluimos aquí el relato de una historia de enorme trascendencia para poder medir la ceguera del racismo más crudo. Hace años Trump exigió públicamente al presidente Obama su certificado de nacimiento. Quería que éste comprobara que, en efecto, era ciudadano estadounidense y que no había nacido en Kenia y, posteriormente, que no había sido educado en Indonesia bajo la fe musulmana. Asimismo, exigió que Obama presentara pruebas de que se había graduado como abogado de Harvard y que, además, efectivamente se había convertido en el primer afroamericano en ser electo presidente de la *Harvard Law Review*, la revista de derecho de esa universidad.³³ De un solo golpe Trump ponía en duda que Obama fuera estadounidense, profesara el cristianismo (religión a la que el expresidente se adhiere) y, además, fuera intelectualmente apto para ser un digno abogado egresado de una muy prestigiosa universidad (y antes como politólogo e internacionalista por la Universidad de Columbia, en Nueva York). Obama presentó su certificado de nacimiento y aun así, Trump insistió en que éste podría ser apócrifo. En dos palabras: sadismo puro. Así, Trump sembró las dudas sobre la nacionalidad y los talentos de Obama y otros aspectos que apuntaban a descalificarlo como presidente, y con ello sentó las bases para el fortalecimiento de un movimiento hiperconservador, los

³³ En la dirección contraria, según testimonio de su propio abogado, Michael Cohen, Trump ordenó que se retuvieran sus propios expedientes de la escuela privada en Queens a la que asistió, de la Academia Militar de Nueva York, a donde lo envió su padre por ser un estudiante fallido, de la Universidad de Fordham y, finalmente, de la Universidad de Wharton, Pensilvania, en donde Trump afirma que fue “el primero en su clase” (Fisher, 2019).

llamados *birthers*, que había detonado en 2008.³⁴ Un ejemplo, entre muchos, del sadismo trumpista.³⁵

Patricia J. Williams (2016) escribió que “lo que Trump [quería era] una guerra cultural, no la Presidencia”. Efectivamente, Trump ha hecho todo lo que está en los libros de texto de la *Alt Right* (Nguyen, 2017; Main, 2018: 320), a la que se ha asociado, la cual a su vez está alineada con el supremacismo blanco, el antisemitismo (“no somos racistas, sólo odiamos a los judíos”), el nativismo y el movimiento neorreaccionario. Todas estas corrientes del extremismo nacionalista blanco, incluido el *Ku Klux Klan* y su *Grand Wizard*, David Duke, quien ha apoyado a Trump sin que éste se haya deslindado de él, son antifeministas, antimulticulturalistas, antipluralistas, antimusulmanes, antinegros y antilatinos. En suma, no son demócratas y se inclinan hacia el totalitarismo. Son ellos los que escuchan atentos la narrativa extremista de Trump y es a sus seguidores (hoy menos empoderados) a quienes esta narrativa se dirige. Piensan que la gente blanca está genéticamente predispuesta a ser más moral e inteligente que la población negra; y que algunas razas son inherentemente superiores a otras, y se rechaza la idea de que las razas son básicamente equivalentes o intercambiables (Jay, 1996: 448). Al proyecto misógino-xenófobo más agresivo de la historia de Estados Unidos y al aislamiento cultural se aúna la insularidad comercial y económica que Trump pregona en cada oportunidad. Se reivindican la idea de la “fortaleza estadounidense” y el derecho a la pertenencia en función del derecho de raza. Por lo tanto, se niega la pertenencia a la nación en virtud de la condición de ajenidad de toda raza que no sea la blanca. Es así que Trump representa y predica el retorno al *apartheid* nacional que tanto dañó el tejido social del país en décadas pasadas. Blanquitud y cristianismo, por encima de negritud e islamismo en Europa.

³⁴ Los *birthers* nacen y se organizan, entre otras causas, a partir de la exigencia de Trump por el certificado de nacimiento de Obama. A pesar de todo, al final pudimos observar que ya en el contexto de la campaña presidencial, en 2016, Trump declaró: “Obama nació en Estados Unidos, punto”. Así, tiránicamente y sin mediar disculpa alguna para el aludido. Es claro que su objetivo inmediato era ganarse el voto negro. Los legisladores del bloque afroamericano manifestaron en su momento su rechazo frontal, contundente, a este peculiar *mea culpa* de Trump; lo han calificado de “fraude” y le han exigido disculpas públicas.

³⁵ ¿Por qué tenemos a Trump? Una de las razones de ello es que existe un sector de estadounidenses muy resentidos que se identifican con él. Aunque, sobre todo, porque los medios, salvo CNN y NBC, no han sabido encuadrarlo en sus enormes contradicciones. Esto ocurre en gran medida porque para medios como Fox News y otros, Trump es garantía de *marketing* y porque, además, sorprendentemente éste ha logrado imponerles la agenda y engañarlos dada su estatura mediática innegable.

En Estados Unidos lo mismo, más el rechazo a la *otredad* migrante, de color latino principalmente, así como a la antigua negritud que define a Estados Unidos históricamente; y no se olvide la fobia en contra de los musulmanes, los culpables, en este discurso, de la penetración terrorista.

Más que estar loco Trump, en su desequilibrio emocional, psicológico y ético, es la expresión discursiva pura y llana del descontento en el que diversos sectores de la sociedad estadounidense han caído. Se trata, me permito subrayar, de una población mayoritariamente blanca de clase media baja que envejeció y no avanzó en escolaridad, habiéndose mantenido estancada en los niveles de secundaria y preparatoria; y en consecuencia se quedó atorada frente a los avances veloces del fenómeno globalizador y de la cuarta revolución industrial. Aunque ciertamente la polarización social y económica tiene sus raíces en el interior mismo del sistema del que forman parte, estos importantes sectores de opinión han sido atemorizados (y no tan gratamente sorprendidos podría haber dicho Erich Fromm) por el temperamento y los groseros desplantes de Trump. La incontinencia de Trump se percibe como potencial incompetencia y torpeza en el arte de gobernar para un público amplio, todo lo cual se podría traducir en la generación de crisis locales y globales mayores a las que ya enfrenta Estados Unidos, particularmente en este momento de relativo declive hegemónico en el que se encuentra. Con Trump a la cabeza, Washington se ha introducido en un proceso de polarización aún mayor y quizás irreversible, toda vez que no tiene propuestas de solución a los problemas que sean conciliatorias; las suyas son recetas totales e inflexibles.

Si esto se traslada al orden global, las implicaciones ya son graves. Si bien no se ve como viable el fin del Pacto Atlántico (una decisión prorrusa), su reiterada —aunque recientemente moderada— amenaza de condicionar la existencia de la OTAN, entre otros temas delicados, dará pie a una secuela crítica en lo que a la seguridad global se refiere.

El *New York Times* lo ha llamado “el infierno republicano” (Douthat, 2016). Las palabras, las mentiras y los agravios de Donald Trump se han ido convirtiendo (como lo anunció Orwell en 1984) en su propia prisión. Como profecía autocumplida, Trump podría encontrarse ya en el medio de un naufragio largamente anunciado. Así pues, el presidente lo logró, con la complacencia del Partido Republicano: fracturó al partido de Lincoln y lo condenó a un doloroso y azaroso proceso de renovación. Desde el momento en que

Trump inició su presidencia con una narrativa cargada de impulsos mitómanos, propinando insultos a mansalva en contra de todos sus contrincantes; desde que en junio de 2015 en la misma Torre Trump acusara a los mexicanos de violadores y maleantes; y desde que posteriormente amenazara con imponer un veto a los ciudadanos musulmanes que ingresaban a Estados Unidos y despreciara a una “familia dorada” de origen musulmán; desde que arremetiera contra las mujeres llamándolas perras y puercas, desde todos esos momentos ya se empezaba a gestar la crisis monumental que se ve muy factible que estalle en el marco de la elección del 3 de noviembre de 2020.

Algo debe de andar muy mal con la psique de los republicanos en Estados Unidos como para haberse colgado desesperadamente de la candidatura primero, y después de la presidencia, de un hombre perdido en su laberinto mitómano, y no haberse desmarcado a tiempo, muy a pesar de que su futuro político está hoy más que nunca en entredicho. Algo anda mal en la derecha de Estados Unidos. Se negaron a aceptar, en el Partido Republicano, el anuncio de su decadencia cuando Trump les propinó un golpe de Estado que al día de hoy aún no quieren reconocer como un golpe de época a su saga política. Trump representa la antítesis del neoconservadurismo razonable y razonante, que en forma relativamente mesurada era conducido por algunos decorosos representantes del Partido Republicano.³⁶ Lo que ocurre con este partido es que vive una descomposición ideológica de dimensiones aún inconmensurables y que, de seguro, se reflejará en los resultados electorales de estados que ya están dándole la espalda. La elite republicana, envuelta en la confusión y en la impotencia suicida crecientes, ha confiado irracionalmente en que Trump asumiría una actitud racional y mesurada ante un público ya no sólo republicano sino nacional. Adam Haslett y Chris Lehmaan, en *The Nation* (Haslett y Lehmaan, 2016), han coincidido con los conceptos vertidos por la prensa internacional, como *Der Spiegel*, que señalan a Trump como el hombre más peligroso del mundo (Feldenkirchen *et al.*, 2018). En este texto, Haslett y Lehmaan indicaron cómo en Estados Unidos se ha presenciado un gran carnaval en el que Trump se ha convertido en el animador y receptor del descontento del Estados Unidos blanco y cristiano, que observa cómo en la actualidad sus privilegios de raza y religión se pierden paulatinamente

³⁶ Algunos nombres representativos: William Kristol, hijo de Irving Kristol, “fundador” del neoconservadurismo; Robert Kagan; el exsecretario de Defensa, Donald Rumsfeld; Paul Wolfowitz; el exsubsecretario de Defensa, Douglas Feith; el intelectual Daniel Bell.

ante la creciente emergencia de un Estados Unidos multirracial. Más aún, en su afán por continuar con su discurso racial reivindicatorio Trump se ha convertido en un *vándalo* político, quien a su vez ha secuestrado a un sector marginado de la población, disminuido política y económicamente, que furiosamente responde a sus llamados a la violencia. Esto ha ocurrido, tanto por el uso de una retórica sensacionalista en la que el discurso del miedo se impone, como por llevar al extremo los varios flancos débiles de sus contrincantes u opositores de dentro y fuera de su grupo cercano. Situación que ha producido un vacío programático de grandes dimensiones.

James Clapper, exdirector del Inteligencia Nacional (Office of the Director of National Intelligence, DNI), que agrupa al enorme conglomerado de la comunidad de inteligencia en Estados Unidos, recientemente confirmó, ante el Comité Senatorial de Servicios Armados, la intromisión cibernética rusa en su proceso electoral y declaró este hecho como un “acto de guerra” (Clapper y Brown, 2018). Trump se había pronunciado sobre las declaraciones de Julian Assange, fundador de *WikiLeaks*, quien negó que hubiera sido el gobierno de Putin el que le filtrara los correos de la campaña de Hillary Clinton, que a su vez esa organización filtró a la prensa, lesionando gravemente a la candidata demócrata y al sistema político en su conjunto. En este sentido, en uno más de sus ejercicios tuiteros, Trump se pronunció: “Julian Assange dijo que un niño de catorce años podría haber[la] hackeado”. Ante el respaldo de Trump al posicionamiento de Assange y la inédita descalificación de los reportes sobre penetración cibernética de la comunidad de inteligencia, el *establishment* político y de inteligencia se han agrupado detrás de Clapper y de los hallazgos que ha logrado, lo cual provocó, si no una ruptura, sí un severo alejamiento del magnate. Si no se tratara del sujeto que dirige los destinos del país con más poder militar y el segundo en capacidad nuclear del globo, no habría motivo de alarma por dicha declaración. Este grave incidente, además de haber puesto en entredicho la credibilidad del sistema de inteligencia nacional por parte del presidente electo, los confronta a ambos y sin duda debilita a Estados Unidos frente a sus aliados y de cara a las múltiples amenazas a la seguridad nacional del país.

También en este tema, el de la estrategia de seguridad nacional, podemos atestiguar cómo Trump persiste en jugar irresponsablemente con su táctica de confrontación contra todo el que se le oponga y, en este caso, cuestione la legitimidad de su triunfo presidencial, toda vez que las conclusiones a las

que llegó el reporte de la DNI lo vinculan con la intromisión de una potencia extranjera (trumputinismo), causal suficiente para ser acusado de traición a la patria. Por cierto, una declaración muy reciente del gurú electoral y también historiador de la Universidad Americana de Washington, que predijo su triunfo, Allan Lichtman, incluso pronosticó que Trump no terminaría su primer periodo y que sería destituido³⁷ (todo lo cual parece confirmarse con la amplia ventaja que, al momento de escribir estas líneas en julio de 2020, le lleva a Trump el candidato demócrata Joe Biden).

El Estado sin cabeza

He sostenido en este texto que el principal reto que Donald Trump tenía era dejar de ser el candidato estridente, agresivo y colérico, para convertirse en un actor político cuya actividad estuviera a la altura de la investidura que significa la jefatura del Estado, en uno que inspirara confianza. Después de escuchar y leer prácticamente todo lo dicho y escrito por él y acerca de él desde que tomó posesión, no creo equivocarme, desafortunadamente, al augurar que Trump seguirá en la línea de provocación que lo ha caracterizado. De entre todas las tareas en las que Trump ha sido eficaz, la de provocar e infundir el miedo a sus contrapartes es quizás la más sobresaliente. Ése ha sido su principal talento en el arte de gobernar.

En lugar de reivindicar su lema de campaña, “Estados Unidos primero”, invitando al resto de las naciones a acompañarlo en hacerlo como parte de un esfuerzo compartido, Trump optó por parapetarse en el discurso divisivo y paranoicamente aislacionista —grave en sí mismo— y, además, por refugiarse únicamente en el minoritario ámbito de su base electoral e ignorar a aquellas personas que no votaron por él en forma apabullante (casi tres millones de diferencia, más los votantes efectivos de Clinton).

³⁷ Esto, dados los muchos asuntos legales pendientes que quedan a la deriva, tales como la ilegalidad en la que operaron la Fundación y la Universidad Trump, las mujeres de las que supuestamente abusó, su situación fiscal y el no pago de impuestos por más de una década. En la visión de Lichtman, Trump se ha rodeado de múltiples pendientes y confrontado demasiados intereses, razón suficiente como para que arriesgue la pérdida de su poder más temprano que tarde. O sea, y que el mundo esté prevenido, puede que no haya Donald Trump para mucho rato a partir del 3 de noviembre de 2020 (Alonso, 2016).

Ya desde antes del discurso inaugural Trump había arremetido en contra de China; ante el riesgo de la confrontación (que de hecho ya se provocó), se había pronunciado contra la OTAN, había despreciado a Angela Merkel y había amenazado a México en un tono francamente ignorante y neocolonialista.³⁸ Lo destacable de su discurso es que, ignorando las dimensiones de lo que son las economías abiertas en el marco de una globalización ciertamente inequitativa y maltrecha, acusó a sus villanos favoritos de siempre de haber robado las riquezas y los empleos estadounidenses, haciendo caso omiso de que la tasa de desocupación que le heredara Obama fue una de las más bajas de la historia. Trump parecía creerse en serio que Estados Unidos es una nación abusada, explotada, ninguneada por aquellos (China, México, la Unión Europea, la OTAN, la ONU) que son partes del conjunto del sistema internacional. Sus alianzas internacionales se concentraron en Rusia e Israel (y cumplió con su absurda promesa de apoyar la mudanza de la capital israelí a Jerusalén); es muy factible pensar que así como ha sido el caso de estos años, lo que resta del tiempo de su administración también se caracterizara por la tensión y no por la distensión, con todos los riesgos implícitos que esto tiene para la paz y la seguridad tanto en el ámbito global como en el interno también; esto último dado que, como lo comprueban el vacío de apoyo popular que se puede observar desde su toma de posesión y las protestas generalizadas que se han suscitado desde entonces, no se aprecia en Trump al jefe de Estado responsable, sereno y prudente que esperarían con ansias los ciudadanos de Estados Unidos y el mundo después del *annus horribilis* 2016, que se creía había quedado atrás. Trump ha provocado una acefalia de Estado.

En efecto, Trump inicia su mandato con el 40 por ciento de aceptación, con el rechazo de los movimientos feminista y de la diversidad sexual, y de los latinos y los afroamericanos, que el mismo día de su toma de posesión organizaron una marcha masiva en su contra, la más grande en la historia de este tipo (Tolentino, 2017). Trump llegó al poder con una legitimidad puesta en duda por amplios sectores de la sociedad y de la clase política. Ante el riesgo potencial que esto representa para la estabilidad de su mandato, la lógica llamaría a la cautela. No ha sido así. El presidente, en su ofuscación, ha logrado lanzar un agrio e interminable discurso en contra del *establishment*,

³⁸ Lo hizo posteriormente, y lo sigue haciendo sin sustento, al reclamar al gobierno mexicano su inacción frente a la crisis migratoria en la frontera (Esquivel, 2019).

del libre comercio y de sus antecesores. Triste presidencia y mal presagio para el futuro (lejano, mediano o cercano, ya veremos) de la gobernanza de Estado y de los equilibrios globales.

TRUMPUTINISMO CAÓTICO

El general Michael Flynn, exconsejero de Seguridad Nacional, máxima autoridad y voz en la Casa Blanca sobre el tema, tuvo que renunciar por la supuesta exigencia del magnate. Lo hizo por la misma razón por la que lo despidió Obama de la Agencia de Inteligencia para la Defensa: por su mitomanía y propensión a sostener teorías conspiracionistas, como por ejemplo aquella de que Obama era un “yihadista” que “lavaba dinero” para los terroristas musulmanes, una perla muy al estilo de las que lanza Trump compulsivamente. Esta vez, sin embargo, su desgracia fue consecuencia de su supuesta participación en la muy temida conexión rusa que el equipo del candidato republicano presumiblemente inició antes de su triunfo electoral. Más aún, la historia consigna que ya con Trump como presidente electo, Flynn conversó con el embajador ruso en Estados Unidos sobre la posibilidad de levantar las sanciones que Obama impuso a Moscú como consecuencia de las acciones conspirativas de Rusia en contra del proceso electoral. Y sobre esto mintió al vicepresidente Pence y al propio FBI, que estaban a cargo de la investigación.³⁹ ¿Será posible pensar que Trump y su grupo compacto de campaña, hoy en la Casa Blanca, hayan cometido traición a la patria al aceptar que un gobierno extranjero emprendiera un complot contra el sistema político de Estados Unidos?; ¿ordenó o concedió Trump que se emprendieran estos contactos antes de ser presidente?; ¿sabía Trump que Flynn mentía? Todas éstas son preguntas que han rondado las puertas del poder y parecen provenir de todos los ámbitos de la política partidista, la prensa, el aparato de seguridad y amplios sectores de la sociedad que temen que esta alianza “trumptinista” comprometa la gobernanza de Estados Unidos con las graves implicaciones que esto tendría.

De las respuestas que arrojen las investigaciones ya emprendidas en diversas instancias acerca de la conexión rusa se verá hasta dónde la violación

³⁹ Todo lo cual desembocó en el juicio a Paul Manafort y a Michael Cohen, así como a otros involucrados de su campaña. Por lo pronto, Manafort ya está en la cárcel.

de la norma constitucional por Trump merecerá el juicio de la historia.⁴⁰ Todo esto se verá con más claridad una vez que el actual mandatario concluya su ciclo al frente de la Presidencia y sea sometido a los varios juicios que le esperan.

El 23 de marzo de 2019 Robert Mueller, fiscal especial, notificó al procurador general, William Barr, que la investigación había terminado aparentemente sin pruebas de la complicidad de Trump en la intervención rusa durante la elección de 2016, quedando pendientes los cargos (catorce) de obstrucción de justicia y corrupción.⁴¹ Este informe fue entregado al Congreso en forma editada y aunque el vínculo entre Trump y Rusia no es probable, sí lo es el hecho de que la intervención de Putin pudiese haber sido un factor para ganar la elección, y que el mandatario haya sido capaz de crear una red mafiosa alrededor de Mueller, a quien intentó destituir, todo lo cual apunta a posibles cargos de obstrucción de la justicia que el Congreso se propuso investigar a partir del 29 de abril de 2018 (Lillis *et al.*, 2019; Wong y Lillis, 2019). Probablemente estos problemas perseguirán al presidente en lo que queda de su mandato, e incluso en los años posteriores a partir de 2021, se reelija o no.

La de Trump es la presidencia que más rápido (ocho días) logró una desaprobación del orden del 50 por ciento, todo un récord en la política presidencial de Estados Unidos; a continuación sólo unos datos para contrastar con cinco de sus antecesores: para llegar a este índice de desaprobación, a Reagan le tomó 727 días, a Bush padre 1336, a Clinton 573, a Bush hijo 1205 y a Obama 936 días. Así como esta tendencia ha seguido en picada, toca también mencionar que es la primera presidencia que se expone en forma tan rápida al riesgo del desafuero congresional, que constituye el primer paso para la destitución del poder.

⁴⁰ La presidenta del Congreso, la demócrata Nancy Pelosi, declaró que a Trump no valía la pena destituirlo a menos de que algo muy grave hubiera surgido de la investigación del fiscal especial, Robert Mueller, para la trama rusa. Su afirmación de “no vale la pena” se puede referir al hecho de que en lugar de darle más importancia de la que merece y dividir al país, mejor sería derrotar a Trump en las urnas. Así opinan muchos otros analistas del espectro liberal. Por otro lado, existieron fuertes presiones de la izquierda demócrata sobre Pelosi para que el desafuero se llevara a cabo. Así que en este tema está por verse el destino político que le espera a Trump cuando enfrente a sus contrincantes a partir de enero de 2021 (Davidson, 2019; Greenwood y Lillis, 2019; Hart, 2019).

⁴¹ Barr informó al Congreso, de mayoría demócrata, que aunque “este reporte no concluye que el presidente haya cometido un crimen, tampoco lo exonera” (Chalfant, 2019; Remnik, 2019; Baker, 2019; Glasser, 2019; Stanage, 2019).

Tal caos y el rechazo que han causado las múltiples órdenes ejecutivas que ha emitido nos llevan a sospechar si, especialmente con el conocimiento del sadismo que ha distinguido a Trump, no se habrá estado usando, durante todo el mandato, el caos como un arma táctica. O si también esto es resultado de la franca incompetencia del nuevo gobierno. El senador republicano John McCain, antes de su muerte, parecía apostar por lo último cuando reclamó la disfuncionalidad del aparato de seguridad nacional y acusó a la Casa Blanca de ser un lugar en donde “nadie sabe quién está a cargo y nadie sabe quién define las políticas” (Rhodan, 2018). El general Tony Thomas, cabeza del Comando de Operaciones Especiales, expresó en su momento su preocupación por la visible convulsión en el gobierno. Así lo dijo: “Nuestro gobierno continúa en una increíble confusión. Espero que lo resuelvan porque somos una nación en guerra”. Ya se conocía la ausencia de racionalidad política en Trump, pero no esperábamos ver una reprobación de la opinión pública tan fulminante a raíz, por ejemplo, de la descalificación a los jueces que rechazaron su ilegal decreto de viaje a varios extranjeros y a quienes responsabilizó en aquel tiempo de los potenciales próximos ataques terroristas.⁴² Sobre todo, sus índices han continuado en descenso a partir del proceso de desafuero y, últimamente, con el pésimo manejo de la pandemia ocasionada por el nuevo coronavirus SARS-Co-V-2.

Trump ha intentado moderar el tono provocador e introducir contenidos programáticos anunciándolos, sin mucho éxito, como resultados de sus casi cuatro años en el poder; nos ha querido mostrar a un “nuevo Trump”, aunque con poco éxito.⁴³ Además, se hace cada vez más evidente que en algo

⁴² De aquí que Paul Krugman ha sugerido que Trump parecería desear que estos ataques ocurran, lo cual mostraría a todos lo estúpido que ha sido que restrinjan su poder. Caótico y terrorífico.

⁴³ Un ejemplo fue su *Segundo informe a la Nación (State of the Union)*. Simultáneamente a esto, un nuevo escándalo como el de Michael Flynn, exasesor de seguridad nacional de triste memoria, afloraba en el seno de su gabinete. Su recién nombrado fiscal general, Jeff Sessions, acababa de ser denunciado por haber tenido contactos con el embajador ruso, Sergey Kislyak, durante la campaña e, incluso, después del triunfo de Trump. También fue acusado de haber mentido al Senado durante las audiencias de confirmación, sobre los pormenores de dicho contacto. Ya se sabía que otros miembros de la campaña trumpista, J. D. Gordon y Carter Page, se habían reunido con el diplomático ruso; de hecho, Page renunció por esto a la campaña el 26 de septiembre. Para rematar, se acaba de conocer que Jared Kushner, yerno y asesor especial de Trump, junto con el fallido Flynn se reunieron con el embajador en la Torre Trump, en diciembre de 2017. De nuevo, la trama trumputinista persigue a la presidencia más groseramente escandalosa, discriminatoria, mentirosa y mediocre que ha tenido Estados Unidos desde Truman, Reagan y Nixon.

anduvieron metidos los rusos, como para que de alguna manera se explique tal insistencia por parte de los trumpistas en tener diversas entrevistas con el embajador, quien a estas alturas podría contar muchas historias: desde el complot contra la campaña de Hillary Clinton hasta el muy particular interés en lograr que su aliado Trump fuera presidente.⁴⁴ Las muchas reuniones que se mencionaron entre los hombres de más confianza de Trump y el embajador ruso obligaban a pensar por lo menos dos cosas: que celebrar tales reuniones en un lugar tan emblemático como lo es la Torre Trump promovía ampliamente la sospecha de que fueron instruidos por su jefe para encargarse cumplir con tan alta misión, de la que aún se tienen que revelar contenidos; y dos, que a partir de esos contenidos hoy todavía en secreto, pero de los que seguramente el FBI guarda evidencia (McCabe, 2019: 280), se podrían descifrar los muchos misterios de la operación trumputinista durante y después del proceso electoral, primero para ganar la Presidencia y después para afianzar los múltiples resultados. Es más que seguro que la investigación habrá de continuar y cercará aún más a esta administración tan impredecible.

Dado que los escándalos y la mitomanía trumpista no dejan de asolar a un gobierno que no queda claro qué tan cohesionado quedará después de tantas sacudidas, Trump se ha propuesto distraer la atención intentando hacer del suyo un discurso de Estado, lo cual desde luego no ha logrado. Ha presumido del aumento en la tasa de empleos, con cifras infladas y ocultando lo que en realidad ocurrió al respecto durante y después del gobierno de Obama. En lo que concierne a asuntos como migración, construcción de infraestructura, gasto militar y gasto social hemos escuchado puras generalidades y está claro que para pagar un aumento en el gasto militar de cincuenta y cuatro mil millones de dólares, más de mil billones (un trillón en Estados Unidos) en la construcción de infraestructura y el reemplazo del programa de salud de Obama, y al mismo tiempo reducir impuestos, tendrá que echar mano de un incremento del déficit fiscal. A lo que sí apuntan estas medidas, por lo menos en el tema militar, es a que Trump podrá emprender acciones de fuerza para negociar desde la dureza; también se avizoran nuevos tiempos de unilateralismo en política exterior si seguimos su narrativa proteccionista en todos los niveles de su política internacional. No se había visto en

⁴⁴ Sobre el embajador podemos informar que su currículum es abundante en actividades en las cuales el acopio de información de inteligencia y las actividades de vigilancia han sido su fuerte.

tiempos recientes en Estados Unidos tal desorden político-administrativo, el cual no augura nada sano. Dentro de todo, lo que sí parece que se mantendrá al acecho de Trump es la sombra rusa, aun cuando el informe Mueller no haya probado, aparentemente, el vínculo ruso con la campaña de Trump.

Varios han sido los quebrantos que Donald Trump se ha autoinfligido en los últimos tres años. Entre ellos está el de los jueces federales de Hawai y de Maryland, Derrick K. Watson y Theodore D. Chuang, respectivamente, quienes revocaron temporalmente la segunda intentona de imponer un veto a los viajeros de seis países musulmanes por considerarla violatoria de la primera enmienda de la Constitución, que obliga al Estado a respetar el libre ejercicio de las creencias religiosas; estos jueces, al igual que en la impugnación anterior, consideraron este veto como antimusulmán. Trump miente sin parar. Se trata de una adicción y, además, insiste en continuar con una absurda narrativa binaria. Estamos frente a una patológica construcción discursiva conocida como “hechos alternativos”, elemento propagandístico característico de los regímenes totalitarios y autocráticos, y que consiste en negar la información que se produce como resultado del análisis de los hechos concretos y duros que la realidad arroja. En su lugar, esta realidad es deliberadamente suplantada por estos hechos alternativos que proceden de la interpretación propagandística y adulterada por los voceros del poder trumpista: se trata del espíritu del *big brother* que George Orwell nos regaló en el ya mencionado libro, *1984*, pero ahora en una dimensión más grotesca y peligrosa por la potencial destrucción que puede provocar (por cierto, esta obra estuvo en la lista de las más vendidas en Estados Unidos durante el primer año de la presidencia de Trump).

Con el trumpismo arribó al poder una nueva forma de observar e interpretar la realidad. Además de maniquea, se trata de una construcción premeditada de una o varias realidades *alternativas*. Sobre esta base se construye sin tregua alguna un *discurso alternativo* desde el que se sanciona, reprime y castiga a quien lo niega, o siquiera cuestiona, a saber: prensa, sociedad civil, sociedad política u opinión pública internacional. Está visto que esto impacta todos los temas de la política local e internacional, desde el calentamiento global hasta la existencia de amenazas a la seguridad estadounidense. Asistimos a una nueva patología democrática que la democracia liberal (en crisis) no ha podido contener en Estados Unidos y, aparentemente, tampoco en otros contextos del mundo occidental, por mencionar el espacio político-cultural

más representativo de este proceso histórico. Ante este imperio de la mentira del poder, la más cínica, dañina y atentatoria de las libertades y los derechos ciudadanos que se haya conocido desde los tiempos de Nixon, la democracia misma se encuentra atrapada y aún sin un antídoto que contrarreste esta corrosión pública que se sufre en Estados Unidos. El totalitarismo de la narrativa trumpista está poniendo a prueba la institucionalidad democrática estadounidense. La opinión pública, la prensa y los dos poderes que aún sobreviven a esta embestida antidemocrática habrán de sentar, en los tiempos que vienen, los precedentes que conduzcan este lamentable episodio con el mayor de los equilibrios posible. Algo anima este optimismo: una encuesta de Real Clear Politics (RCP) del 20 de julio de 2020 anuncia que sólo el 40.2 por ciento del público aprueba el trabajo del señor Trump (Real Clear Politics, 2020).

Conclusiones

*Para volver a estar donde estábamos,
cuando Estados Unidos era grande,
tendrá que haber disturbios de nuevo.*

DONALD TRUMP

POPULISMOS Y DEMOCRACIA

Lincoln decía: “Las elecciones pertenecen al pueblo. Es su decisión. Si los ciudadanos deciden dar la espalda al fuego y quemarse el trasero, tendrán que sentarse sobre las ampollas” (citado en Durrett, 2005: 108). ¿Son las elecciones un reflejo de las virtudes de la democracia?; ¿son acaso la expresión de aquellos dos valores que definen al republicanismo: virtud cívica y excelencia?; ¿son la expresión del rigor cívico y la virtud republicana?; ¿son los ciudadanos capaces de gobernarse a sí mismos, como postulaban los padres fundadores en Estados Unidos? Con el triunfo de Trump, la tentación populista se reforzó transnacionalmente. Después del Brexit, se ensanchó la

posibilidad para que el nacionalismo nativista y chovinista —provisto de una narrativa denigrante contra todo el que se oponga— se empodere en el seno de los sistemas democráticos. Se va a aprovechar la asunción de la demagogia populista del trumpismo, para celebrar no tan atinadamente el fin del liberalismo (en el que se gesta el propio populismo) como estrategia para operar —incluso antidemocráticamente, como lo hizo Trump—, sólo en aras de conseguir los jugosos beneficios inmediatistas del poder: el poder por el poder. El resultado electoral en Estados Unidos, así como fue una consecuencia del proceso democrático que toma lugar en los confines de la democracia liberal, es también una expresión de su crisis sistémica; lo mismo sucede en Europa. Esto ocurre, tanto porque cuestiona la validez de dos conceptos que clásicamente han caminado juntos y que hoy se miran con extrañeza: democracia y liberalismo, como por el hecho de que el subproducto electoral más visible representa una amenaza directa a lo que queda de éste, precario, pero único sistema político posible para la convivencia civilizada (Zakaria, 2018; 1997).

Es un hecho que el éxito de la ola populista, por definición antidemocrática en tanto que atenta contra las libertades, se basa en la existencia de una masa multiclase salvajemente pauperizada por un capitalismo financiero de casino y hasta hoy imparable, y que ha sido desafortunadamente acogido (y viceversa) por el proceso globalizador. La globalización irracional provocó un proceso generalizado de inequidad económica y de *oligarquización* de nuestras sociedades; también quitó legitimidad a la democracia misma y engendró un neonacionalismo soberanista, excluyente e irracional, que por más que exprese la crisis de la democracia es inaceptable, toda vez que lo acompañan liderazgos intolerantes, antipluralistas y potencialmente totalitarios que hacen descansar sus narrativas en la xenofobia, el racismo y la misoginia: una amenaza triple al debate transformador democrático que obligatoriamente se tendría que dar en nuestras sociedades. Si las contradicciones económicas de la globalización en las que descansa este debate no se superan, entonces no podremos aspirar a la recuperación de las formas culturales y relaciones equilibradoras que en su sentido más clásico la democracia ofrece.

La “trumpización” de la política ha supuesto, en una más cruda dimensión de lo que provocaron en Europa el UKIP británico (United Kingdom Independence Party), Ley y Justicia de Polonia o el Fidesz húngaro, el Frente Nacional de Marine Le Pen en Francia, el Partido de la Libertad de Austria y el Partido de la Libertad de Holanda (todos con el apoyo de Vladimir

Putin), la confrontación entre “los nosotros” contra “los ellos”, no entre “los de abajo” frente a “los de arriba”, como propondría Ernesto Laclau, teórico del populismo. Los populismos soberanistas tienen buenas relaciones con Rusia (que intervino en sus elecciones y ha ayudado enormemente en su empoderamiento, del cual todavía no queda claro qué longevidad tendrá) y con otros Estados autoritarios. Desprecian a Occidente y hacen la guerra a sus instituciones. Se consideran a sí mismos una vanguardia tan revolucionaria como la que representó en su día la Internacional Comunista. Pregonan su apego a las masas, a “los olvidados”, al “pueblo ordinario” y frecuentemente se ven a sí mismos como la voz del más genuino de los patriotismos. Sostienen además, en forma mesiánica, que el “pueblo siempre tiene la razón”, Trump *dixit*. Elias Cannetti lo decía así: “Al dividir esa masa laxa y amorfa en dos grupos como en formación de batalla, los hace exclusivos y los llena de enemistad mutua, lo que al final conduce inevitablemente a verdaderas bandas de guerra” (Cannetti, 1981: 230). ¿Guerras culturales?, eso ha pretendido Trump. Ojalá que no. Ya tenemos suficiente con los atentados provocados por esta nefanda fórmula. No obstante, lo que veremos en esta embestida de la *Internacional Populista* es que su furibundo ataque en contra de la institucionalidad democrática existente implicará que, más allá de transformarla y mejorarla, la querrán erradicar por la fuerza, inventándose otra que pertenece al pasado, no al futuro. ¿Lo permitirá el precario *establishment* de Estados Unidos?

Fuentes

ALONSO, NICOLÁS

2016 “‘Donald Trump será destituido’, dice el profesor que predijo su triunfo electoral”, *El País*, 21 de noviembre, en <<https://bit.ly/2KpIHZS>>.

APPLEBAUM, ANNE

2016 “Trump y la Internacional Populista”, *El País*, 8 de diciembre, en <https://elpais.com/elpais/2016/11/08/opinion/1478611874_220348.html>.

AUGELLI, ENRICO y CRAIG MURPHY

1988 *America's Quest for Supremacy and the Third World: A Gramscian Analysis*. Londres: Pinter.

AVAAZ.COM

2016 “Primera encuesta mundial sobre Trump: Donald es peligroso en México, el aliado más cercano a EE.UU. en América Latina, el 75% piensa que las políticas de Trump harán del mundo un lugar menos seguro, según nueva encuesta”, en <https://www.avaaz.org/act/media.php?press_id=732>.

BAKER, PETER

2019 “A Cloud over Trump’s Presidency Is Lifted”, *The New York Times*, 24 de marzo, en <<https://nyti.ms/2HFok3A>>.

BARNES, ROBERT

2020 “Supreme Court Says States May Require Presidential Electors to Support Popular-vote Winner”, *The Washington Post*, 6 de julio, en <<https://www.washingtonpost.com/>>, consultada el 6 de julio de 2020.

BASTERRA, FRANCISCO G.

2018 “La alarmante rendición de Helsinki. La desgraciada Cumbre de Helsinki, otro teatrillo como lo fue la de Singapur con Kim Jong-un, confirma la deriva geopolítica de Estados Unidos”, *El País*, 21 de julio, en <<https://bit.ly/2GgiY1T>>.

BEAVERS, OLIVIA

2017 “Khan Family Blasts Trump’s Comments on Fallen Soldiers”, *The Hill*, 17 de octubre, en <<https://bit.ly/2U6xMnb>>.

BELL, JACK

1964 *Mr. Conservative: Barry Goldwater*. Nueva York: McFadden Books.

BERMAN, RUSSEL

2018 “The Donald Trump Cabinet Tracker: Jeff Sessions Has Resigned as Attorney General, Ending a Tumultuous Tenure Atop the Justice Department”, *The Atlantic*, 7 de noviembre, en <<https://www.theatlantic.com/politics/archive/2018/11/trump-cabinet-tracker/510527/>>.

BERNSTEIN, JONATHAN

- 2019 “John Bolton Shows the Dangers of a Weak President”, *Bloomberg Opinion*, 6 de marzo, en <<https://www.bloomberg.com/opinion/articles/2019-03-06/john-bolton-is-exploiting-donald-trump-s-weakness>>.

BORDA, SANDRA

- 2013 “Estados Unidos o el último Estado hegemónico. El poder en la hora del ascenso y la consolidación del resto del mundo”, *Nueva Sociedad*, no. 246 (julio-agosto): 64-77.

BRITISH BROADCASTING CORPORATION (BBC)

- 2019 “Trump ofrece extender programas de protección DOCA y TPS a cambio de presupuesto para el muro”, *BBC*, 19 de enero, en <<https://bbc.in/2GfSXj0>>.
- 2018 “Trump’s Russia Affair: Key Questions Answered”, 12 de diciembre, en <<https://www.bbc.com/news/world-us-canada-42493918>>.

BROMWICH, JONAH ENGEL

- 2016 “How Does the Electoral College Work? The Electoral College Explained”, *The New York Times*, 8 de noviembre, en: <<https://www.nytimes.com/2016/11/09/us/politics/how-does-the-electoral-college-work.html>>.

BROOKS, STEPHEN G.

- 2012 “Can We Identify a Benevolent Hegemon?”, *Cambridge Review of International Affairs*, no. 25: 27-38.

BUCKLEY, WILLIAM F.

- 2003 *Flying High: Remembering Barry Goldwater*. Nueva York: Basic Books.

BULL, HEDLEY

- 1977 *The Anarchical Society: A Study of Order in World Politics*. Londres: Macmillan.

CANNETTI, ELIAS

1981 *Masa y poder*. Barcelona: Muchnik.

CAY JOHNSTON, DAVID

2016 *The Making of Donald Trump*. Londres: Melville House.

CHALFANT, MORGAN

2019 “Mueller’s Conclusions Raise New Questions”, *The Hill*, 24 de marzo, en <<https://bit.ly/2Uqw994>>.

CHISTI, MUZAFFAR, SARAH PIERCE y LAURA PLATA

2018 “In Upholding Travel Ban, Supreme Court Endorses Presidential Authority while Leaving Door Open for Future Challenges”, MPI, 29 de enero, en <<https://bit.ly/2uYuSqq>>. Washington: Migration Policy Institute.

CLAPPER, JAMES y TREY BROWN

2018 *Facts and Fears: Hard Truths from a Life in Intelligence*. Nueva York: Penguin Random House.

COOK, FRED J.

1964 *Barry Goldwater: Extremist of the Right*. Nueva York: Grove Press.

CORNELL LAW SCHOOL

s.f. “Judicial Power, Jurisdiction Cases and Controversies”, en <<https://www.law.cornell.edu/constitution-conan/article-3/section-2/clause-1/judicial-power-and-jurisdiction-cases-and-controversies>>.

COUNCIL ON FOREIGN RELATIONS

2019 “North Korea Nuclear Negotiations, 1985-2019”, en <<https://on.cfr.org/2JmfYjb>>, consultada el 19 de enero de 2019.

CROWLEY, MICHAEL y TYLER PAGER

2016 “Trump Urges Russia to Hack Clinton’s Email”, *Politico*, 7 de julio, en <<https://politi.co/2hotxTv>>.

DAVIDSON, AMY

2019 “What Pelosi Means When She Said, of Impeaching Trump, that ‘He’s Just Not Worth It’”, *The New Yorker*, 12 de marzo, en <<https://bit.ly/2vcsay6>>.

DAWISHA, KAREN

2014 *Putin’s Kleptocracy. Who Owns Russia?* Nueva York: Simon and Schuster.

DECKER, DR.

2017 *Trump’s Brain: An FBI Profile of Donald Trump. Predicting Trump’s Actions and Presidency.* Washington: edición independiente.

DESTRADI, SANDRA

2008 “Empire, Hegemony and Leadership: Developing a Research Framework for the Study of Regional Powers”, GIGA Working Paper, no. 79 (junio).

DONALD, DAVID HERBERT

1996 *Lincoln.* Nueva York: Simon and Schuster.

DOUTHAT, ROSS

2016 “The Republican Inferno”. *The New York Times*, 12 de octubre, en <<https://nyti.ms/2P1euyQ>>.

DRAPER, ROBERT

2013 *When the Tea Party Came to Town. Inside the U.S. House of Representatives’ Most Combative, Dysfunctional, and Infuriating Term in Modern History.* Nueva York: Simon and Schuster.

DURRETT, DEANNE

2005 *Right to Vote.* Nueva York: *Facts on File*, “American Rights”.

ESQUIVEL, J. JESÚS

2019 “Trump arremete contra México por no hacer ‘nada’ para detener a migrantes”, *Proceso*, 28 de marzo, en <<https://bit.ly/2V0t1wZ>>.

FELDENKIRCHEN, MARKUS, VEIT MEDIK y HOLTER STACK

2018 “Donald Trump Is the World’s Most Dangerous Man”, *Spiegel Online*, 1° de febrero, en <<https://bit.ly/2Z26iD5>>.

FISHER, MARC

2019 “Grab that Record: How Trump’s High School Transcript Was Hidden”, *The Washington Post*, 5 de marzo, en <<https://wapo.st/2P184zD>>.

GERVAIS, BRYAN T. e IRWIN L. MORRIS

2018 *Reactionary Republicanism. How the Tea Party in the House Paved the Way for Trump’s Victory*. Oxford: Oxford University Press.

GLASSER, SUSAN B.

2019 “‘Trump Wins!’ The President, the Mueller Report, and Our New Political Normal. Whatever is Next, It’s Not Impeachment —at Least Not on Russia Charges”, *The New Yorker*, 24 de marzo, en <<https://bit.ly/2U7nDuG>>.

GLUSHAKOW, H. B.

2016 *Mafia Don. Donald Trump’s 40 Years of Mob Ties*. Carolina del Sur: Create Space Independent Publishing Platform.

GREENWOOD, MAX y MIKE LILLIS

2019 “Progressive Demands Put New Pressures on Democrats”, *The Hill*, 21 de marzo, en <<https://bit.ly/2Z6joPs>>.

HABERMAN, MAGGIE y RICHARD A. OPPEL JR.

2016 “Donald Trump Criticizes Muslim Family of Slain U.S. Soldier, Drawing Ire”, *The New York Times*, 30 de julio, en <<https://nyti.ms/2yy1QRY>>.

HALPER, STEPHEN y JONATHAN HALPER

2017 *The Silence of the Rational Center: Why American Foreign Policy Is Failing?* Nueva York: Basic Books.

HART, BENJAMIN

2019 “Intelligencer Chat: Should Democrats Impeach President Trump?”, *New York Magazine*, 13 de marzo, en <<https://nym.ag/2VBCg70>>.

HASLETT, ADAM y CHRIS LEHMAAN

2016 “Vandal in Chief”, *The Nation*, 24 de octubre, en <<https://bit.ly/2Kv8dNL>>.

HUNTINGTON, SAMUEL P.

2004 *Who Are We? The Challenges to America's National Identity*. Nueva York: Simon and Schuster.

IKENBERRY, JOHN G.

2011 *Liberal Leviathan. The Origins, Crisis and Transformations of the American World Order*. Princeton: Princeton University Press.

JAY GOULD, STEPHEN

1996 *The Mismeasure of Man*. Nueva York: W. W. Norton.

KAUFFMAN, JOHNNY

2019 “Meet the Lawyer Arguing against Partisan Gerrymandering before the Supreme Court”, National Public Radio, 25 de marzo, en <<https://www.npr.org/2019/03/25/706636068/meet-the-lawyer-arguing-against-partisan-gerrymandering-before-the-supreme-court>>.

KENNAN, GEORGE

1947 “Pseudónimo ‘X’, ‘The Sources of Soviet Conduct’”, *Foreign Affairs*, 25 de julio.

KLEIN, NAOMI

2017 *No Is Not Enough: Resisting Trump's Shock Politics and Winning the World We Need*. Chicago: Haymarket Books.

KRANISH, MICHAEL y MARC FISHER

2016 *Trump Revealed. The Definitive Biography of the 45th President*. Nueva York: Scribner.

LANDLER, MARK

2017 “Trump Recognizes Jerusalem as Israel’s Capital and Orders U.S. Embassy to Move”, *The New York Times*, 6 de diciembre, en <<https://nyti.ms/2AepBA8>>.

LEE, BANDY

2016 *The Dangerous Case of Donald Trump. 27 Psychiatrists and Mental Health Experts Assess a President*. Nueva York: St. Martin Press.

LEÓN-MANRÍQUEZ, JOSÉ LUIS, DAVID MENA ALEMÁN

y JOSÉ LUIS VALDÉS-UGALDE, eds.

2015 *Estados Unidos y los principales actores de la reconfiguración del orden mundial en el siglo XXI*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México-Universidad Autónoma Metropolitana-Universidad Iberoamericana.

LILLIS, MIKE, SCOTT WONG y CRISTINA MARCOS

2019 “Dems Seek to Rein in Calls for Impeachment”, *The Hill*, 22 de abril, en <<https://thehill.com/homenews/house/440103-dems-seek-to-rein-in-calls-for-impeachment>>.

MAIN, THOMAS J.

2018 *The Rise of the Alt-Right*. Washington: The Brookings Institution.

MATHER, COTTON

1957 *Diary of Cotton Mather*, vol. 1, 1681-1709. Nueva York: Frederick Ungar.

MCCABE, ANDREW

2019 *The Threat. How the FBI Protects America in the Age of Terror and Trump*. Nueva York: St. Martin’s Press.

NAIM, MOISÉS

2019 “Putin en Caracas”, *El País*, 10 de febrero.

NGUYEN, TINA

2017 “Steve Bannon Has a Nazi Problem”, *Vanity Fair*, 12 de septiembre, en <<https://bit.ly/2xyFGPG>>.

POLLAK, JOEL y LARRY SCHWEIKART

2017 *How Trump Won. The Inside Story of a Revolution*. Washington: Regenery Publishing.

REAL CLEAR POLITICS (RCP)

2020 <<https://www.realclearpolitics.com/>>, consultada el 20 de julio de 2020.

2019 “Trump: Favourable/Unfavourable”, *Real Clear Politics*, en <https://www.realclearpolitics.com/epolls/other/trump_favorableunfavorable-5493.html>.

REMNIK, DAVID

2019 “No Conspiracy, No Exoneration: The Conclusions from the Mueller Report”, *The New Yorker*, 24 de marzo, en <<https://bit.ly/2D6kgKA>>.

RHODAN, MAYA

2018 “Here’s a Brief History of Donald Trump’s Feud with John McCain”. *Time*, 27 de agosto, en <<https://bit.ly/2xC5gNw>>.

RILEY, DYLAN

2018 “What is Trump?”, *New Left Review*, no. 114 (noviembre-diciembre), en <<https://bit.ly/2D6wzH5>>.

RIZZO, SALVADOR y MEG KELLY

2018 “Fact-checking President Trump’s Reasons for Leaving the Iran Nuclear Deal”, *The Washington Post*, 9 de mayo, en <<https://wapo.st/2UNhCnf>>.

ROBINSON, NATHAN J.

2017 *Anatomy of a Monstrosity*. Estados Unidos: Demilune Press.

RYAN, MELISSA

2018 “How the President and Neo-Nazis Work Hand in Hand”, *The Progressive* (31 de enero).

SEITZ-WALD, ALEX

2019 “Senate Democrats to Introduce Constitutional Amendment to Abolish Electoral College”, NBC, 1° de abril, en <<https://nbcnews.to/2YIJ1pH>>.

SPYMAN, NICHOLAS J.

1942 *America's Strategy in World Politics: The United States and the Balance of Power*. Nueva York: Harcourt, Brace & Co.

STANAGE, NIALL

2019 “Mueller Report: The Winners and Losers”, *The Hill*, 18 de abril, en <<https://thehill.com/homenews/administration/439639-mueller-report-the-winners-and-losers>>.

STOKES, DOUG

2018 “Trump, American Hegemony and the Future of the Liberal International Order”, *International Affairs* 94, no. 1: 133-150.

THE NEW YORK TIMES

2016 “Presidential Election Results: Donald J. Trump Wins”, en <<https://www.nytimes.com/elections/2016/results/president>>, consultada el 9 de agosto de 2017.

TOLENTINO, JIA

2017 “The Somehow Controversial Women’s March on Washington”, *The New Yorker*, 20 de enero, en <<https://bit.ly/2Ihnxst>>.

TOOSI, NAHAL

2019 “Inside the Chaotic Early Days of Trump’s Foreign Policy”, *Politico*, 1° de marzo.

TRUMP, DONALD

2017 *Executive Order Protecting the Nation from Foreign Terrorist Entry into the United States*. White House, 27 de enero, en <<https://bit.ly/2ADS1Vo>>.

VALDÉS-UGALDE, JOSÉ LUIS

- 2018 “La era de Trump: populismo, rupturismo, globalismo y regionalismo. El futuro de la democracia y el equilibrio de poder”, en Silvia Núñez García, ed., *La presidencia de Donald Trump: contingencia y conflicto*. Ciudad de México: Centro de Investigaciones sobre América del Norte, UNAM.
- 2015 “Lucha de poder y política exterior. *Smart power* y hegemonismo mesiánico: ¿declive de Estados Unidos?”, en José Luis León-Manríquez, David Mena Alemán y José Luis Valdés-Ugalde, eds., *Estados Unidos y los principales actores de la reconfiguración del orden mundial en el siglo XXI*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México-Universidad Autónoma Metropolitana-Universidad Iberoamericana.
- 2012 “El bueno, el malo y el dilema de Burke”, *Excelsior*, 25 de julio, en <<https://www.excelsior.com.mx/opinion/2012/07/25/jose-luis-valdes-ugalde/849790>>.
- 2007 *Estados Unidos. Intervención y poder mesiánico. La guerra fría en Guatemala, 1954*. Ciudad de México: Centro de Investigaciones sobre América del Norte-Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM.

VANDERMAAS-PEELER, ALEX, DANIEL COX, MOLLY FISCH-FRIEDMAN,
ROB GRIFFIN y ROBERT P. JONES

- 2018 “American Democracy in Crisis: The Challenges of Voter Knowledge, Participation, and Polarization”, 17 de julio. Washington D.C.: Public Religion Research Institute, en <<https://bit.ly/2JywrQR>>.

VELASCO, JESÚS

- 2016 *La derecha radical en el Partido Republicano. De Reagan a Trump*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.

VESOULIS, ABBY

- 2018 “Trump’s Team Keeps Using Mafia-inspired Language to Defend Itself”, *Time*, 1° de agosto, en <<https://bit.ly/2GCEBQL>>.

VON DREHLE, DAVID

- 2018 “Trump’s *Résumé* is Rife with Mob Connections”, *The Washington Post*, 10 de agosto, en <<https://wapo.st/2uYhmDu>>.

WILL, GEORGE F.

- 2016 “The Sinking Fantasy that Trump Will Defend the Constitution”, *The Washington Post*, 6 de agosto.

WILLIAMS, PATRICIA J.

- 2016 “Trump Doesn’t Want to Lead the Country—He Wants to Lead a Culture War”, *The Nation*, 8 de septiembre, en <<https://bit.ly/2P4wQu2>>.

WONG, SCOTT y MIKE LILLIS

- 2019 “Dems Struggle to Find Unity in Mueller Response”, *The Hill*, 22 de abril, en <<https://thehill.com/homenews/house/440021-pei-losi-dems-struggle-to-find-unity-in-mueller-response>>.

WOODWARD, BOB

- 2004 *Plan of Attack*. Nueva York: Simon and Schuster.

ZAKARIA, FAREED

- 2018 *The Post American World*. Nueva York: W. W. Norton.
- 2016 “Populism on the March”, *Foreign Affairs*, 17 de octubre: 1-7, en <<https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2016-10-17/populism-march>>.
- 1997 “The Rise of Liberal Democracy”, *Foreign Affairs* 76, no. 6 (noviembre-diciembre): 22-43.